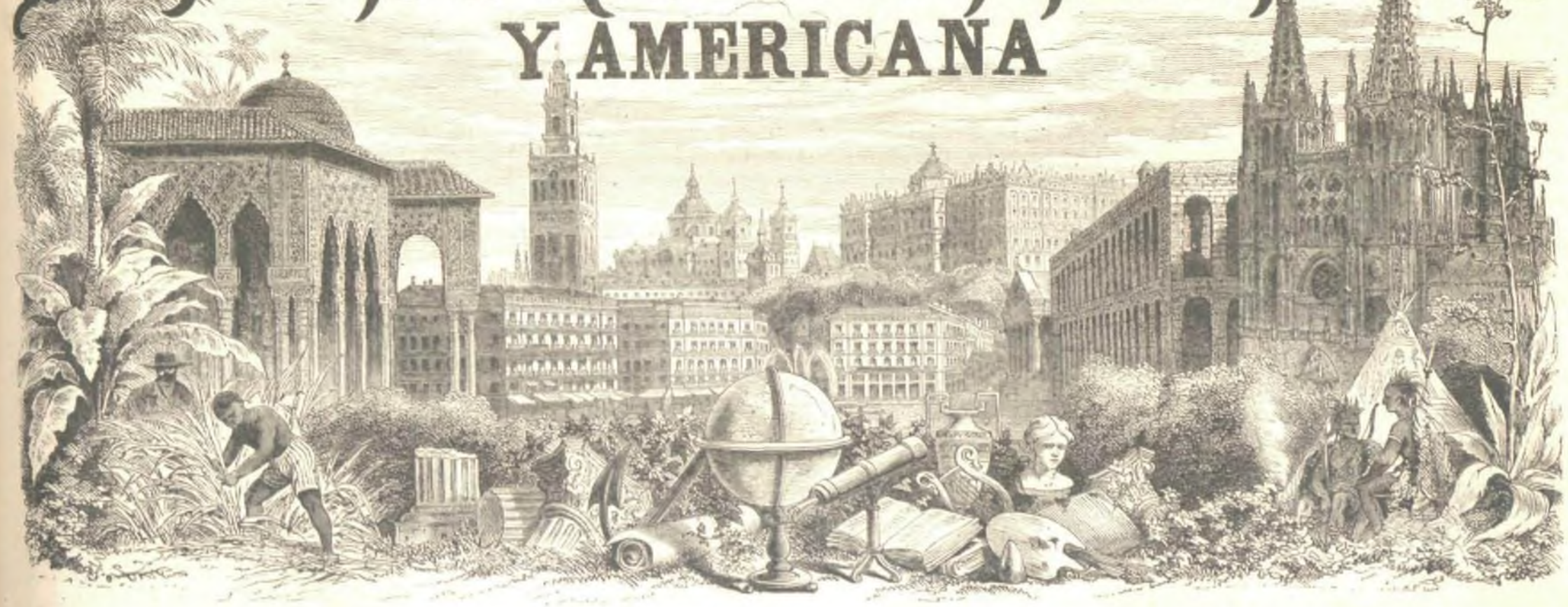
LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA



PRECIOS DE SUSCRICION.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid.....	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias.....	40 id.	20 id.	11 id.
Portugal.....	8.400 reis.	4.300 reis.	2.300 reis.

AÑO XVI—NUM. XV.

DIRECTOR-PROPIETARIO, D. ABELARDO DE CÁRLOS.

ADMINISTRACION, CARRETAS, 12, PRINCIPAL.

Madrid 16 de Abril de 1872.

PRECIOS DE SUSCRICION.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba y Puerto-Rico.....	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Filipinas.....	15 id.	8 id.
En las demás Américas...	L. E.—3	L. E.—1-12/,

SUMARIO.

TEXTO.—Revista general, por el marqués de Valle-Alegre.—Tradiciones religiosas: El Santo Cristo de la Vega, por don F. J. de Simonet.—Don Vicente Palmaroli.—Campesina napolitana, cuadro de Mr. Herr Sauchon.—Henri Regnault, por X.—Juan de Sidonia, historia vulgar (conclusion), por don José de Castro y Serrano.—Nuevas construcciones en el barrio de Salamanca.—El vendedor de perros, por X.—*Libellus de Bataille facienda*, por don J. Puiggari.—Revista cómica, por don Eusebio Blasco.—Excmo. señor don Manuel Rivadeneyra, por don Agustin Pascual.—Un boulevard en Lóndres.—La flor, la aurora y la fuente, poesía, por don Antonio F. Grilo.—Tradiciones antiguas de los indios (continuacion), por don E. de Arriaza.—Un proceso célebre.—Sucesos de Cavite.—Advertencia.

GRABADOS.—Retrato de don Vicente Palmaroli, nuevo académico de San Fernando.—Bellas Artes: Campesina napolitana.—Retrato del Excmo. señor don Manuel de Rivadeneyra.—Paris: Exposicion para la venta de los cuadros de Mr. Regnault, croquis de Mr. Vierge.—Madrid, barrio de Salamanca: Nuevas construcciones en la calle de Claudio Coello.—Madrid: Un vendedor de perros.—Barcelona: Vista del siglo XIV conservada en el archivo municipal.—Paris: Exterior del palacio de Justicia, cuando se pronunció el fallo en el proceso Trochu, croquis de Mr. Vierge.—Lóndres: Nuevos muelles-boulevards sobre el Támesis.—Islas Filipinas: Sargento de artillería, indígena, jefe de los sublevados de Cavite.—Ajedrez.

REVISTA GENERAL.

SUMARIO.

I. EXTERIOR.—GRAN BRETAÑA.—Regreso de la reina Victoria.—El discurso de Mister Disraeli.—Las huelgas.—ALEMANIA.—Apertura del *Reichstag*.—El discurso del príncipe Canciller.—Otra vez «El Imperio es la paz.»—AUSTRIA.—Las elecciones en Bohemia.—Lo mismo allí que aquí.—Paralelo entre el conde Andrassy y el señor Sagasta.—Boda de una archiduquesa.—FRANCIA.—El sueño de monsieur Thiers realizado.—Los dos banquetes.—El proceso Trochu.—El castigo de M. Courbet.—Otro *communard* culpable.—La expiacion.—M. Mottu acusado de quiebra fraudulenta.

II. INTERIOR.—Las elecciones.—Mayoría y minoría.—¿De quien es el talento?—¿Sagasta ó Serrano?—Temores.—El general Rey reemplazado por el marqués de Sierra-Bullones.

III.—TEATROS Y SALONES.—*Violetas y girasoles*, comedia del señor Fuente y Braña.—Los Domingos de la condesa del Montijo.

I.

Pas de nouvelles, bonnes nouvelles, dicen los franceses; y si fuese exacto el refran, serian excelentes las noticias de la última semana, porque han escaseado mucho.

Durante aquella, no ha ocurrido ningun acontecimiento notable; y para desempeñar la mision que nos hemos impuesto, tendremos que acudir á la política menuda y á la chismografía.—Así la presente revista será ménos importante que otras, aunque será en cambio más entretenida y amena.

Ha regresado á Inglaterra la reina Victoria de su misterioso viaje á Alemania.—A la ida, como á la vuelta, no se ha detenido un momento en París, ni ha visto por lo tanto al presidente de la pseudo-república, cuyas atenciones se ha limitado á agradecer.

¿Habrá sido meramente por abrazar á algunas personas de su familia por lo que la inconsolable viuda del príncipe Alberto ha emprendido una expedicion breve y fatigosa, al principio de la famosa *season* de Lóndres?

No es creible:—la reina Victoria, aunque amantísima madre, hubiera podido aguardar la visita de sus hijos, que tienen costumbre de hacérsela siempre en esta época del año. Luego no es aventurado suponer que un interés más poderoso fué el móvil de ese viaje, hoy objeto de la curiosidad y de los comentarios de la Europa.

*
* *

Sea lo que fuere, S. M. B. se halla reinstalada ya en su palacio de Windsor, y se dispone á tomar parte—la menor parte posible—en las fiestas y diversiones que tan abundantemente ofrece la capital del Reino Unido durante la primavera y el principio del verano.

¿Cómo saldrá el ministerio Gladstone de la campaña parlamentaria, que promete ser azarosa y difícil? ¿Triunfará de las dificultades que se le suscitan? ¿Vencerá á su temible competidor Disraeli?-Este acaba de obtener dos señaladas, dos brillantes victorias; la una en Manchester,—la poblacion manufacturera por excelencia,—donde fué aclamado y aplaudido con delirio; la segunda ante los electores de Lancashire. Su discurso, que publica toda la prensa inglesa, puede ser considerado como el principal suceso político del dia.

Don Vicente Palmaroli, nuevo académico de San Fernando (pág. 227).

El *Standard* pone en las nubes al jefe del partido tory, y pronostica su próxima vuelta al poder, despues de la estrepitosa caida de Gladstone.—¿Se realizarán las esperanzas de aquel diario?—Allá lo veremos; pero mientras tanto, es imposible dejar de reconocer la influencia que han comenzado á ejercer en la opinion las palabras elocuentes y patrióticas de Mr. Disraeli.

Es quizás la primera vez que la multitud victorea y lleva en triunfo á un conservador; es la primera vez que las turbas, en una ciudad como Manchester, donde tanto abunda la clase obrera, se apasiona y se conmueve con su lenguaje, y levanta un idolo nuevo sobre los restos del idolo hecho pedazos.

Si este síntoma del cambio ó de la modificacion de las ideas exageradas se generalizase, áun podríamos aguardar ver conjurada la horrible tormenta que brama sobre nuestras cabezas.

⁂

Lo positivo es que la Inglaterra se alarma de los progresos de la Internacional; la verdad es que la Commune de París ha abierto los ojos á muchos que los tenian cerrados, y que todos miran el abismo abierto á sus plantas.

Las huelgas de los trabajadores agrícolas en el Lancashire y el Warwickshire, adquieren cada dia mayor desarrollo é importancia. Es imposible disimularlo: la Inglaterra se halla amenazada de una revolucion social, que podria—digase lo que se quiera—atacar á la vez á la aristocracia y á la dinastía de Hannover en un porvenir poco lejano.

Hasta el presente, solo los grandes centros habian conocido las huelgas; pero ahora los campesinos comienzan á imitar el ejemplo de los obreros de las ciudades; y si esto continúa, ántes del fin de la primavera habrán abandonado su trabajo dos ó tres millones de individuos. Así, los arrendatarios van á encontrarse en la disyuntiva de aceptar su ruina, ó de pasar por las condiciones que les impongan los huelguistas.

⁂

Semejante espectáculo influye más de lo que puede suponerse en el giro que toma la política inglesa: los hombres pensadores y los espíritus reflexivos, comienzan á creer que ciertos principios demasiado liberales conducen derecha é inevitablemente á la destruccion de cuanto existe y al caos: que mister Gladstone puede haber contribuido acaso con su sistema á la difusion de doctrinas deletéreas: en una palabra, que ha llegado el momento de retroceder, por haber avanzado sobradamente.

Entre los espectáculos extraordinarios que ofrece el siglo XIX, lo único que nos faltaba presenciar era ver á la Inglaterra proclamando la necesidad y la utilidad de la reaccion; y ella, colocada há tantos años al frente del movimiento reformador y progresista, declarar alta y paladinamente que ha traspasado los límites de lo conveniente y de lo posible.

Por fortuna, son tales las sorpresas y los fenómenos de la época actual, que, segun se dice vulgarmente, nos hallamos curados de espantos.

⁂

El lunes 8 del corriente se verificó la apertura del Parlamento aleman. El emperador Guillermo, siempre delicado de salud, no asistió á la ceremonia, leyendo en su nombre el discurso inaugural el canciller príncipe de Bismarck.

Es aquél un documento sin carácter político, en que se trata casi exclusivamente de cuestiones económicas é interiores. Solo se menciona en él á las potencias extranjeras para felicitarse de verlas convencidas «de que el engrandecimiento de la Alemania es una nueva garantía de la tranquilidad europea.»

Tambien decia en otros tiempos Napoleon que su Imperio era la paz; y sucedió exactamente lo contrario.

Las frases del discurso citadas arriba — y que son la conclusion del mismo—arrancaron vivos aplausos, y en seguida Meinherr Simson, presidente del Reichstag, gritó tres veces *¡viva el Emperador!* asociándosele la Asamblea entera con entusiasmo.

⁂

En Austria—ó por mejor decir en Bohemia—las cosas no marchan tan bien. En aquel reino de los que componen el Imperio austriaco, van á celebrarse—y á estas horas se habrán celebrado ya—elecciones para la Dieta; y al leer los periódicos de allí parécenos tener delante los de por acá.

Las coacciones, los abusos, las demasías son idénticos á los que acabamos de presenciar entre nosotros: las oposiciones demuestran una gran violencia y una profunda exasperacion; el gobierno las reprime y sujeta con dureza y energía. El gabinete mueve cielo y tierra para obtener la victoria, y llega hasta el extremo de llevar tropas á los distritos teheques «á fin de proteger la libertad electoral.»

Lo mismo, exactamente lo mismo que se ha hecho aquí. —¡Qué extraña analogía entre el conde Andrassy, el antiguo demócrata, y el señor Sagasta, el progresista antiguo!

La situacion es, pues, tan tirante en Austria como en España; y el emperador José solo ha tenido para consolarse de tantas contrariedades el matrimonio de su hija Gisela, quien aún no cuenta diez y seis años, con un príncipe de Baviera, primo del actual monarca.

⁂

¡Por fin se ha realizado el sueño del ambicioso viejo M. Thiers!—Todavía no ha dormido en el palacio del Elíseo, pero ha dado ya una comida en él.

Los periódicos franceses vienen llenos de descripciones del magnífico banquete *pentagruelico*, dado en honor de la Municipalidad parisiense.—M. Thiers tenia á la derecha á M. Vautrain, presidente del Ayuntamiento, y á la izquierda al prefecto de policía; Mme. Thiers por el mismo órden al general Ladmirault, gobernador militar de París, y á Leon Say, prefecto del Sena, ó gobernador civil.

Todos esperaban algun discurso del venerable Anfitrion: pero éste, aunque habló mucho, no dijo nada... en alta voz.

No asistian más señoras que la del presidente de la república y su hermana Mlle. *Felicidad* Dosne.

Así, M. Thiers tiene la felicidad en casa, y no es capaz de proporcionársela á su país, que tan necesitado está de ella.

⁂

Los periódicos lo publican todo: hasta el *menu* ó lista de la comida, que por lo visto fué espléndida, puesto que se componia de 17 platos, incluyendo la sopa y el helado.

Despues del festin, los salones del Elíseo se llenaron de gente, asistiendo la mayor parte del Cuerpo diplomático extranjero,—excepcion hecha de nuestro señor Olózaga,—quien, segun es sabido, es poco mundano;—el nuncio de Su Santidad, Monseñor Chigi; gran número de diputados de la izquierda de la Cámara, pues de la derecha solo estaba el marqués de Treveneuc; los ministros Cissey, de Remusat y Julio Simon; algunos artistas como Ambrosio Thomas, Gudin y Nanteuil; y unas treinta señoras, entre las cuales figuraban la princesa Orloff, la esposa de Leon Say, Mme. Dollfus y Mlle. Jacquemart, la célebre pintora que acaba de ejecutar el retrato de M. Thiers.

A las once y media despidió éste á sus huéspedes como lo hubiera podido hacer un soberano, y se volvió á Versalles, renegando probablemente de la comision de permanencia de la Asamblea, que no le ha concedido—más rigorosa en esto que los directores de colegios con sus escolares—pasar las vacaciones en aquel palacio del Elíseo que el buen M. Thiers ama tanto.

⁂

Tambien Gambetta—el émulo, el rival, el competidor del presidente de la república—*ha banqueteado;* pero más modestamente: — en Angers, capital del departamento ó provincia de Maine-et-Loire, y en una fonda ó *restaurant.*

El precio del cubierto era siete francos, é imagínese qué distancia habria de aquello á los esplendores del Elíseo!

En cambio, Gambetta habló, y habló largamente; del presente y del porvenir; de la razon y de la filosofía: del libre albedrío y del mandato imperativo; en una palabra, de todo y de muchas cosas más.

Es inútil añadir que su peroracion fué acogida con el mayor entusiasmo; y un periódico de la ciudad—*El Patriota*—compara al fogoso orador con Mirabeau, con Vergniaud, con Camilo Desmoulins.

¿Quién ha dicho que solo la monarquía tiene sus cortesanos, sus aduladores, y sus amigos torpes?—Los tribunos se ven rodeados de muchos más de estos séres peligrosos.

⁂

La estrella del general Trochu es ménos venturosa que la de su compañero del gobierno de la defensa nacional,—el cual no supo defender nada.

Gambetta salió de París volando, ó lo que es igual, en globo, mientras Trochu tuvo que sufrir todos los *desagrements* del sitio y de las batallas; Gambetta fué dictador en Tours y en otras varias partes, mientras Trochu se vió cohibido por las turbas y dominado por sus colegas; y luégo, cuando llegó la hora de la desgracia, el tribuno se vino á pasear por la península ibérica, al paso que el general ocupaba su puesto en la Asamblea, y era objeto diario de agresiones violentas en la Cámara y en la prensa.

Para terminar el contraste ó el paralelo, diremos que Gambetta recibe obsequios con banquetes y ovaciones, y Trochu se ha visto casi condenado por el tribunal al que acudió en queja contra *El Fígaro.*

La pena impuesta á MM. de Villemessant y Vitu, director y redactor de aquel diario, es irrisoria; pues se reduce á 3.000 francos de multa y un mes de prision, dejando al general bajo el peso de las terribles acusaciones que se le han dirigido, así por dichos escritores, como por las personas que han figurado cual testigos en el proceso.

¡Pobre, pobre Trochu! ¡Feliz y bienaventurado Gambetta! ¡El uno sufre y devora toda clase de ultrajes; al otro se le conceden todo género de homenajes y de honores!

⁂

Quien tambien comienza á recibir el castigo que tiene merecido, es el famoso pintor y *communard* Courbet, autor, entre otras fechorías, del derribo de la columna de la plaza Vendôme.

Los lectores saben ó no saben que el 1.° de Mayo debe inaugurarse la exposicion anual de cuadros y esculturas en París, y que un jurado ó *comité* compuesto de veinte artistas admite ó desecha las obras que se someten á su fallo para presentarlas ó no en los salones del palacio de la Industria.

Pues bien: Courbet envió al comité dos lienzos suyos, que han sido rechazados, no por falta de mérito, sino por «indignidad del autor.»

Semejante exclusion fué confirmada dos veces, por 18 votos contra 2:—los de MM. Fromentin y Robert Fleury.

El ilustre Meisonnier ha motivado el suyo en los términos siguientes:

«Jamás consentiré en formar parte de un jurado que no atienda ante todo á la cuestion de honra. Debemos lanzar á M. Courbet de nuestro seno: considerarlo como muerto.»

Empieza, pues, la justa y tremenda expiacion de los crímenes que hace un año asombraron á la Europa y al mundo.

Otro *communard*, M. Mottu, comparece tambien ante los tribunales acusado de *bancarota fraudulenta.*

Por lo visto, los hombres que componian la horrible *Commune*, se hallaban manchados con todos los vicios y todos los delitos imaginables.

II.

Nos hemos entretenido demasiado en nuestra peregrinacion por otros países, y ya es hora de volver al nuestro.

¿Quién sabe si nos distrajimos tanto en el estudio de lo que pasa fuera, para no contemplar lo que sucede dentro de casa? ¿No será que hemos querido retardar lo posible el dar cuenta del tristísimo cuadro que ha ofrecido el país durante las últimas elecciones?

El Gobierno ha triunfado; pero ¡por qué medios!—El señor Sagasta ha conseguido una mayoría; pero ¡qué mayoría! La victoria ha coronado sus esfuerzos; pero ¡cuánta sangre ha corrido para obtenerla!

Hoy 13 de Abril de 1872 á las cuatro de la tarde, hora en que escribimos, no ha publicado todavía la *Gaceta* los resultados oficiales de la campaña electoral.—Así no los consignamos por no incurrir en errores: téngase entendido, sin embargo, que el partido de la union liberal, ó sea fronterizo, ha obtenido el mayor número de sufragios; que los sagastinos han quedado en gran inferioridad; y que la coalicion de radicales, moderados, carlistas y republicanos, contará unos 170 representantes en la nueva Cámara.

¡Mucho es para que deban esperarse buenos frutos de sus tareas; mucho es para que se pueda gobernar libre y desembarazadamente!

⁂

La agitacion ocasionada por la lucha ha producido sus consecuencias naturales: en Cataluña se han levantado partidas carlistas, que hasta ahora carecen de importancia; en Lalin y en otros puntos ha habido choques y riñas sangrientas: en las principales capitales, y en Madrid tambien, han existido temores de que se turbara la tranquilidad.

Los ánimos se hallan inquietos; las pasiones excitadas; nadie se atreve á pensar en el porvenir sin temor, ni en lo presente sin desconfianza.

Nada se cree fijo, estable, seguro: los vencedores no inspiran afecto, ni los vencidos interés: se duda del patriotismo de los unos y de la lealtad de los otros...

La pintura es triste, ¿no es verdad? Pero en cambio es pálido reflejo de lo que vemos, de lo que oimos, de lo que recelamos.

⁂

Es conviccion general la de que el señor Sagasta no dis-

frutará largo tiempo de su victoria. Como la fusion de los fronterizos y progresistas no está hecha; como la mayoría pertenece á los primeros, que cuentan con 150 votos, cuando los segundos solo dispondrán de 80, supónese que ántes de la apertura de las Córtes será llamado el duque de la Torre á formar un nuevo ministerio, que no suscite tantas antipatías como el presidido por el antiguo director de *La Iberia*, el cual en este caso seria elegido presidente del Congreso,—cargo que no quiere admitir el señor Topete.

Mas desde aquí al 24 del corriente, dia en que publicará su número inmediato LA ILUSTRACION, ¿quién sabe lo que habrá sucedido, ni las soluciones que habremos presenciado?

No olvidemos que vivimos en el país de lo imprevisto y de lo maravilloso; y que el drama de que somos espectadores, abunda en peripecias y en accidentes inesperados.

El gabinete ha sufrido ya una modificacion: salió el general Rey del ministerio de la Guerra, siendo reemplazado por el marqués de Sierra-Bullones; y notorio es que cuando los enfermos necesitan variar de médico, es porque su estado se agrava.—¿No será este el primer indicio de la crisis que se acerca fatal é inevitablemente?

III.

Nos hallamos en primavera: las flores reaparecen en los campos, en los jardines, en los teatros.

El de la calle del Príncipe nos ha ofrecido *Violetas y girasoles*, un verdadero ramillete literario, rico en suaves y delicados perfumes.

Su autor es el señor Puente y Brañas, el antiguo proveedor de los Bufos Arderius: el mismo á quien debió este coliseo sus mejores obras: *El rey Midas* y *Pepe-Hillo: Dos truchas en seco* y *Canto de ángeles*.

Pero al trasladarse desde la plaza del Rey á la de Santa Ana, el señor Puente no ha traido nada de lo que hacia las delicias de los jóvenes libertinos y los viejos verdes que componian su público de ántes.

No: tanto como era entónces libre é intencionado su estilo, es hoy culto, decente y decoroso; tanto como los argumentos de aquella época tenian de inconvenientes, tiene el de *Violetas y girasoles* de moral y de oportuno.

Felicitemos al señor Puente por su conversion, y aplaudámosle por su tino. Él ha querido probarnos que para el talento no hay cosa imposible ni difícil.

*
* *

En los salones no se baila ya, pero se habla todavía.

Sin embargo, en los de la condesa del Montijo se hace uno y otro, por excepcion.

La ilustre señora habia querido poner fin á sus reuniones; mas la sociedad madrileña — patrocinada por dos graciosas niñas, las nietas de la condesa—la ha obligado á renunciar á tales propósitos; y cada domingo, de diez de la noche á dos de la madrugada, se *perpetra* un número regular de rigodones y de valses en el bello palacio de la plaza del Angel.

Sin embargo, el calor llama á nuestras puertas; el mes de Mayo se anuncia con su sol ardiente y deslumbrador; y no tardará en trasladarse á la quinta de Carabanchel la madre de la emperatriz Eugenia.

Entónces comenzará la gente á pensar en sus expediciones veraniegas, en los baños de mar y en los sulfurosos, y habrá concluido la campaña de 1871 á 1872, que deja tantos y tan inolvidables recuerdos en los anales del gran mundo.

EL MARQUÉS DE VALLE-ALEGRE.

13 de Abril de 1872.

TRADICIONES RELIGIOSAS.

EL SANTO CRISTO DE LA VEGA.

En las pintorescas afueras de Toledo, entre las ruinas de antiguos monumentos y las deliciosas amenidades que mantiene el caudaloso Tajo, hay un santuario célebre que visité con respetuosa curiosidad hace algunos años, y que quiero recordar á mis piadosos lectores: es el *Cristo de la Vega*. Un insigne poeta moderno que recogió los recuerdos é inspiraciones de aquellos históricos campos, al llegar á este sitio, se expresa así:

«Y aquí la antigua basílica
de bizantinos pilares,
que oyó en el primer concilio
las palabras de los Padres,
que velaron por la Iglesia,
perseguida ó vacilante (1).»

(1) Zorrilla.

Este monumento religioso, destruido y levantado muchas veces, ofrece en su antiquísima historia una prueba elocuente de que la fé religiosa, opuesta como roca firmísima á los embates de la impiedad, sufre, pero no perece. Su primera fundacion se remonta al año 309 de nuestra era. Erigióle la piedad de los toledanos bajo la advocacion de Santa Leocadia, ínclita vírgen de aquella ciudad, que cuatro años ántes habia alcanzado la nobilísima palma del martirio por órden del pretor Daciano. Los reyes godos le elevaron á la dignidad de basílica; destruyéronle los árabes, y en 1200 le reedificó el arzobispo Juan. A principios de este siglo le maltrataron considerablemente las hordas francesas que tantas ruinas causaron en la antigua ciudad de los reyes; pero la devocion de los toledanos le volvió á reparar en la forma que hoy se encuentra, siendo nueva la mitad anterior, y ostentando la otra, así interior como exteriormente, el estilo arábigo mudejar. En su sencilla fachada ostenta una bellísima imágen de mármol blanco, que representa á Santa Leocadia, y que estuvo colocada en la vecina puerta del Cambron.

Arrodilléme lleno de profunda emocion en este santuario, en cuyo recinto, más espacioso y magnífico en otra época, se juntaron los prelados de la Iglesia visigoda para dictar cánones y leyes, y en donde besé el sagrado polvo en que estuvieron sepultados la mártir Leocadia y el metropolitano Ildefonso. Pero lo que más me llamó la atencion fué la veneranda y milagrosa imágen de Jesús Crucificado, que se ve en el altar mayor con el brazo derecho desprendido de la cruz.

¿Quién no conoce la interesante y poética historia de esta imágen, que inspiró á Zorrilla su preciosa leyenda *A buen juez mejor testigo?* Aunque sobre la causa del desprendimiento del sagrado brazo corre más de una version, el poeta adoptó la tradicion más autorizada y popular, que, referida en breves palabras, es como sigue. Un jóven caballero, galan, pero de escasa fortuna, á quien Zorrilla nombra Diego Martinez, tenia amores en Toledo con una doncella hermosa y honrada, y pobre como él, llamada Inés de Vargas. Acosado por la necesidad y ambicioso de fortuna y honores, quiso Martinez irse á la guerra que á la sazon sostenian los españoles en Flandes; pero Inés, que le amaba de veras, y cuyos amores habian adquirido publicidad, exigió á Martinez que no se partiese sin otorgarla palabra formal de casarse con ella cuando volviera de la campaña. Otorgósela Martinez para más seguridad con solemne juramento ante la imágen del Santo Cristo de la Vega. Partióse el mancebo á Flandes; y como por sus hazañas le hiciesen capitan, alzándose en honores se alzó en pensamientos, segun dice el poeta, y á su vuelta desconoció á su amada Inés, negándole su palabra.

En vano la enamorada jóven se la recordó con lágrimas; viéndose desairada, acudió al alcalde mayor de Toledo, y en fé de lo que afirmaba, citó por testigo al Santo Cristo de la Vega, ante quien se habia prestado el juramento. Dispone el alcalde que se le tome declaracion, y al efecto se traslada á la basílica con el escribano, la acusadora y el acusado. Leyó el notario por dos veces la querella entablada, y preguntándole al Santo Crucifijo si habia sido testigo del juramento en cuestion, entónces... Mas oigamos al poeta:

«Asida á un brazo desnudo,
una mano atarazada,
vino á posar en los autos
la seca y hendida palma,
y allá en los aires—sí juro—
clamó una voz más que humana.
Alzó la turba medrosa
la vista á la imágen santa...
Los labios tenia abiertos
y una mano desclavada.»

Pero este santuario conserva otra memoria más ilustre y más auténtica, pues no consta solo por la tradicion, sino que merece completa fé histórica, como fundada en documentos de irrecusable autoridad.

Corria el siglo VI de nuestra era cuando San Ildefonso, arzobispo de Toledo, prelado de gran celo y sabiduría, escribió un libro en defensa de la inmaculada y perpétua virginidad de María Santísima contra los impíos sectarios del hereje Helvidio. Sabido es cómo la Reina de los cielos premió la devocion de su piadoso apologista, apareciéndosele en la catedral de Toledo, rodeada de gloria y majestad, y vistiéndole por sus mismas manos una riquísima casulla. La piedra en que apoyó sus celestiales plantas la Reina de los ángeles se ha conservado desde entónces en aquella catedral con gran veneracion, y allí nosotros tuvimos la inefable satisfaccion de besarla y rendirla nuestro homenaje, recordando aquel pasaje profético de los Salmos:—«Adoremos en el lugar en donde se posaron sus piés (1).»

Pues todavía el santo prelado recibió otro favor celestial por haber defendido la pureza de María. Hallábase en la basílica de Santa Leocadia, hoy el Cristo de la Vega, celebrando la fiesta de la gloriosa titular, con asistencia del rey Recesvinto y de gran muchedumbre de clero, nobleza y pueblo. Oraba el metropolitano de rodillas, cuando levantándose por sí sola la pesada losa que cubria la sepultura de la santa, apareciósе Leocadia en figura de una bellísima doncella, radiante con la luz de la gloria. Adelantóse á ella San Ildefonso, y la santa mártir le abrazó diciéndole:—«A Dios se den gracias: Ildefonso, por tí vive mi Señora.»—Nuestro insigne poeta dramático Calderon de la Barca, en su bellísima comedia *La Virgen del Sagrario*, parafraseó aquellas palabras celestiales en los siguientes versos:

«Ildefonso celestial,
por tí vive mi Señora,
por tí la palma dá fruto,
por tí está verde la oliva,
por tí corre en su conducto
la fuente del agua viva,
que es de los cielos tributo.»

Atónito el pueblo ante un caso tan portentoso, prorumpió en fervorosas exclamaciones y alabanzas á Dios; y el prelado, con una daga que le dió el rey Recesvinto, cortó una parte del velo de la santa, el cual, juntamente con el cuchillo, fué guardado en una caja de plata para memoria del prodigioso suceso.

Con semejantes maravillas ha premiado muchas veces el Omnipotente la fé y devocion de los mortales. ¡Feliz el hombre que guarda en su corazon estos sentimientos, y no olvida en la tierra que ha nacido para el cielo!

F. J. SIMONET.

DON VICENTE PALMAROLI.

Lugar distinguido debe ocupar en la seccion biográfica de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA el retrato de nuestro querido amigo don Vicente Palmaroli y Gonzalez, cuyos excelentes cuadros le han dado en breve tiempo universal nombradía.

En Madrid nació, en Octubre de 1835, y siguió su carrera artística bajo la direccion de su señor padre y del ilustre pintor don Federico Madrazo, sin dejar de asistir á las clases de dibujo y pintura de la Academia de San Fernando.

Bien jóven era cuando empezó á llamar la atencion por sus obras, áun imperfectas, pero que tenian impreso cierto carácter de originalidad y buen gusto, que anunciaba la aparicion de un artista: entónces, en 1857, marchó á Roma, ese inagotable manantial de inspiracion artística, escuela eterna de todos los grandes pintores, museo predilecto de la juventud estudiosa que consagra su actividad y su talento al arte sublime de Rafael y Murillo.

Ya en 1862 presentó en la Exposicion nacional dos elegantes cuadros, y el estudioso Palmaroli comenzó á recibir el galardon que merecia por su aplicacion y habilidad: *La Pascua*, que hoy posee el duque de Fernan-Nuñez, obtuvo un primer premio, y el célebre cuadro *San Ildefonso*, pintado por encargo del rey don Francisco de Asis de Borbon, alcanzó otro premio de segunda clase.

No presentó ninguna obra en la Exposicion de 1864; pero en la de 1866, al lado de varios retratos de mucho mérito, apareció su magnífico lienzo *La Capilla*

(1) Salmo 131.

BELLAS ARTES.—Campesina napolitana.

Sixtina, que mereció un primer premio, y que fué tambien premiado con una medalla de segunda clase en la última Exposicion universal de Paris.

Por entónces ganó Palmaroli el concurso convocado por el duque de Fernan-Nuñez, y pintó el excelente lienzo que dicho señor posee, representando la memorable batalla de Tetuan, del cual hicieron grandes elogios hasta los críticos más exigentes.

En la última Exposicion, 1871, además de los retratos de la señora de Baüez, y del embajador de Inglaterra, y otros, presentó *El 3 de Mayo y los enterramientos en la Moncloa*, lienzo de grandes dimensiones, que obtuvo un primer premio, y que fué adquirido por el rey don Amadeo para regalarlo al Excmo. Ayuntamiento de esta corte—y de cuyo cuadro hemos dado una magnífica copia, dibujo del mismo señor Palmaroli, en el núm. XXXII del año anterior de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

Otros muchos cuadros, que no citamos en gracia de la brevedad, pero no ménos notables, ha pintado este laborioso artista, aunque no omitiremos un acabado retrato de la señora duquesa de Bailén, y otro de don Amadeo I en traje de capitan general, y que está colocado en el salon de recepciones del ministerio de Estado.

En el último domingo, 7 del corriente, don Vicente Palmaroli ha tomado asiento en la Academia de Nobles Artes de San Fernando, leyendo un erudito artículo histórico-crítico del arte de la pintura, que han reproducido con elogio casi todos los periódicos de la corte.

Palmaroli, jóven de talento, ocupa ya un lugar muy señalado en los anales del arte, pero su pincel inagotable nos dará todavía nuevas obras dignas de aplauso.

CAMPESINA NAPOLITANA.

CUADRO DE MR. HERR SAUCHON.

El grabado de esta página es una fiel reproduccion de un excelente cuadro, que acaba de ser expuesto al público de Berlin, original del jóven pintor aleman Mr. Herr Sauchon, alumno de la escuela de Bellas Artes de Düsseldorf.

Representa una linda campesina napolitana, vestida con pintoresco traje, que lleva en sus brazos un hermoso niño, fruto primero de su amor.

Mr. Herr Sauchon, ha viajado recientemente por

Italia, ya copiando las obras maestras de los mejores autores, ya sorprendiendo con perspicaz mirada los tipos más populares de aquel país clásico de la belleza.

Pintó este cuadro para la Exposicion internacional que se ha celebrado últimamente en Lóndres; pero no habiendo llegado en tiempo oportuno, fué comprado por un opulento *amateur* de Berlin.

Nuestro dibujo ha sido hecho por un hábil artista, en presencia de una fotografía que nos ha remitido nuestro corresponsal en la corte de Prusia.

Excmo. Sr. D. Manuel de Rivadeneyra (pág. 235)

HENRI REGNAULT.

En la desgraciada jornada de Buzenbal, cuyo éxito desvaneció la postrera esperanza de los sitiados parisienses, Henri Regnault, soldado de las compañías de marcha, cayó mortalmente herido: su cuerpo fué encontrado en la mañana siguiente al dia del combate, entre los numerosos cadáveres de que estaba sembrado el campo de batalla.

Regnault tenia veintisiete años: apasionado por el arte divino de Murillo y Velazquez, y cuando ya se habia conquistado universal renombre, no pretendió eximirse de los deberes de todo buen ciudadano en los dias de peligro para la patria, y tomó parte en aquella sangrienta guerra que comenzó en Woerth y Wissemburgo, y terminó en Ferrières y Paris.

La Francia perdió un notable artista, y España tambien perdió un verdadero hijo, puesto que la amaba como á una segunda patria.

Pocos dias hace hemos visitado la sala octava del hôtel Drouot, donde la administracion de la Escuela de Bellas Artes de Paris habia reunido las principales obras del malogrado artista,—y de cuya sala es copia exacta el grabado que ofrecemos en esta página, segun cróquis que nos ha remitido Mr. Vierge, uno de nuestros corresponsales artísticos en la capital de Francia.

Allí se han visto lienzos y acuarelas de Regnault, que hubieran apadrinado sin titubear los pintores más esclarecidos.

El cuadro *Salomé* fué su obra maestra; y en este magnífico lienzo, llamado por M. Théofile Gautier, *une symphonie en jaune majeur*, tan celebrado por artistas y críticos, se observan á primera vista las principales cualidades del desgraciado pintor: dibujo, colorido, imaginacion poderosa, facilidad de ejecucion.

Sobre un hermoso pabellon claro, amarillo, se destaca con vigor extraordinario el atezado rostro de la jóven judía; rizada cabellera cubre su frente y cae hasta sus ojos, á la vez lascivos y crueles, y en su boca entreabierta se dibuja una sonrisa indefinible. Una túnica amarilla, más oscura que el pabellon, no cubre por completo los hombros y el seno de la jóven, y por bajo de una pequeña falda de gasa de oro se divisan los piés, escondidos en chapines de color morado, con ribetes rojos.

Salomé está sentada sobre un taburete incrustado; tiene en sus rodillas un plato de cobre, en el cual se ve un afilado *kandjar*, cuyo puño acaricia con las manos; y una piel de tigre, extendida sobre uno de esos ricos tapices del Oriente, de tan extraños dibujos y colores tan diversos, sirve de alfombra á la hermosa judía.

El cuadro *La ejecucion sin juicio, bajo los reyes moros de Granada*, ha sido tambien calificado como otra de sus mejores obras.

En la entrada de la sala de la Alhambra, sobre el

PARIS.—Exposicion para la venta de los cuadros de M. Regnault; cróquis de Mr. Vierge.

último peldaño de una escalera de mármol blanco, el ejecutor, árabe de formas atléticas, limpia su sable ensangrentado con los pliegues de su ropa; arroja una mirada tranquila, pero llena de desden profundo, sobre la cabeza del ajusticiado, que cayó rodando á algunos pasos de distancia, y que mira á aquél con ojos sañudos, y á la vez con expresion indecible de sufrimiento; el cuerpo ha caido sobre los primeros peldaños, y rojos surcos de sangre resaltan sobre el mármol blanco del pavimento.

Algo inferior á estos dos cuadros es el *Don Juan Prim* (bien señalado en nuestro dibujo), que figuró en la Exposicion de 1869: Regnault, cuando pintó este lienzo, cedia demasiado á los arrebatos y á la fogosidad natural de la juventud; pero los defectos de este cuadro vienen á ser lo que los críticos franceses llaman *un excés de séve*.

Sin embargo, aquella cabeza es el vivo retrato del general Prim; aquellas facciones son las facciones del bravo vencedor en Castillejos, valiente hasta la temeridad, que aspiró á ser nombrado, como Warwick, hacedor de reyes.

Impasible y altivo sobre su corcel fogoso, que se encabrita con naturalidad, parece como que dirige una mirada interrogante al porvenir; pero el porvenir no se abre para él, y acaso entre aquella muchedumbre entusiasmada que aparece en el fondo del cuadro, aclamando al general victorioso, hállase tal vez el rostro de su infame asesino.

Otros cuadros ha dejado M. Regnault, no ménos apreciables: *El centinela marroqui*, que pasea delante de una tienda de seda roja, con el fusil damasquino en la mano; *La salida del Pachá de Tánger*, áun no concluido, que es un conjunto maravilloso de caballos empenachados y jinetes con trajes vistosos, y estandartes desplegados, destacándose sobre unos muros pardos y viejos, tostados por el ardiente sol del África; *El interior de un harem marroqui*, donde el artista dejó señalados los colores más brillantes de su paleta; *La sala de las dos Hermanas*, y *El Patio de los Leones*, hermosas acuarelas que representan admirablemente dos conocidas vistas de la oriental Alhambra, y otros muchos cuya enumeracion seria prolija.

Regnault sentia una admiracion entusiasta por nuestro gran Velazquez, y habia copiado, aunque imperfectamente, el cuadro *La rendicion de Breda*, de este ilustre pintor.

El viernes último, 5 del corriente, han sido vendidos en el hôtel Drouot casi todos los cuadros de Regnault.

La salida del Pachá de Tánger, en 10.000 francos, ha sido adjudicado al conocido *amateur* señor de Haro; un precioso *Panneau*, para comedor, en 25.000 francos; *El interior de un harem marroqui*, en 5.150 francos; *Un gitano* y *Un español*, cabezas de estudio, en 5.300 fr.; varios cuadros y acuarelas que representaban los más hermosos salones de la Alhambra de Granada y del Alcázar de Sevilla, y otros con vistas notables de las catedrales de Búrgos y de Avila, han obtenido precios más elevados.

Una madrileña, en 4.600 fr., y *Un paisano español*, en 3.400 fr., han sido adjudicados á M. Reiset, representante de los museos nacionales.

El desgraciado Regnault, muerto en defensa de la patria, estaba llamado á ocupar un lugar envidiable en la historia artística de la Francia.—X.

JUAN DE SIDONIA,

HISTORIA VULGAR

POR D. JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

IX.

El terror de los esposos fué indescriptible. No se cuenta nada de apariciones que se parezca á esta aparicion.—La media noche de los difuntos, las campanas de la iglesia que tañen sus últimos lamentos, una fiesta cuyo ruido se apaga, unos ángeles de Dios á quienes acomete pesadilla y desmayo, unas bodas interrumpidas por un cadáver; y, sobre todo, un cadáver que simula la vida en todas sus apariencias humanas; un cadáver cuyos huesos descarnados no crugen, cuyas órbitas vacias no fingen sueño eterno, cuyos miembros rígidos no acusan la impotencia de la muerte; por el contrario, un muerto vivo, Juan, el propio Juan de cuatro años ántes, muy viejo sin duda como el sepulcro deberia envejecer las existencias carnales, si existencia carnal y sepulcro pudieran comprenderse; Juan sin sudario, Juan sin guadaña, Juan sin cadenas; pero por lo mismo Juan, que sin abrir los labios tampoco parece que ya dice, «boda sacrílega, adulterio infame, amor fingido, lágrimas falsas é hipócritas;» todo esto y mucho más que no podemos contener en el límite estrecho de la palabra, porque pertenece al espacio inconmensurable de la ofuscacion intelectual, constituia en aquellos momentos el terror indescriptible de Miguel y de Ana.

Allí se habian trocado los papeles: todos los vivos estaban muertos; solo el muerto vivia.

Él fué, pues, quien usó primero de la palabra, para romper, no un silencio, sino un espanto.

—Soy yo (dijo): soy Juan. No os asusteis ni griteis tampoco. Vengo vivo como me fui: no soy un fantasma; soy un hombre.

Ana y Miguel contuvieron, en efecto, con aquellas palabras su propia emocion, que los inducia á gritar, y la emocion áun más indiscreta de los niños, que amenazaba escándalo.

—¿Quién eres y á qué vienes? (volvió entónces á decir Miguel, como si esta pregunta se la hubiera ya dirigido en la puerta).

—Te repito que soy Juan, el marido de Ana, el padre de estos niños que me ven con terror, el habitante de este pueblo que me veria con burlas, el desdichado á quien la justicia veria con placer, si vuestras voces despertaran su venganza. Soy un infeliz que os pide silencio y que os ofrece paz.

Miguel comprendió por el acento del hombre, que, Juan y todo como era, habia una transformacion absoluta en el carácter y modo de producirse con que aparecia. Hizo retirar á su mujer; llevó con ella á los muchachos, que ni áun lagrimas les permitó el susto, y volviendo delante del aparecido, le habló en esta forma:

—Ya estamos solos, Juan: no he creido oportuno que Ana oiga ni los niños se enteren de lo que hablemos, porque supongo que han de ser cosas desagradables. ¿Sabes lo que ha pasado en esta casa?

—No lo sé, aunque lo sospecho todo. Yo he llegado á Medina hace dos horas, y he esperado á que se marchasen los que estaban ahí enfrente, para llamar á esta puerta. ¿Te has casado con Ana?

—Si (contestó bajando la cabeza Miguel): nos hemos casado hoy mismo; pero nadie lo creeria más que Dios, si se le contara en este momento.

Iba Miguel á referir á Juan los pormenores de su vida anterior y de su estado presente, cuando éste le invitó á sentarse cerca de sí, y con ademan de profunda tristeza, pero en cariñoso tono, comenzó á usar primero de la palabra.

Juan contó á Miguel todos los antecedentes del hospital que aquí ya conocemos, y los desconocidos, aunque presumibles, de su desdichada vida en América. Estos últimos pueden reducirse á una sola consideracion, que para las gentes instruidas no es un secreto: América, como todos los países exhuberantes, es muy bueno para los que tienen; pero es muy malo para los que necesitan. Tierra en donde todo abunda, lo mismo sobra lo bueno que lo malo; y si hay en su portentosa fecundidad elementos infinitos de grandeza, tambien los hay de ruina y de dolor para los olvidados de la fortuna.

Juan llegó á la Habana con el propósito de cumplir su empeño de soldado, como Anselmo Gonzalez, y trabajar despues, segun habia oido á muchos, con provecho bastante para llamar cerca de sí á su familia de Medina. Pero estas ilusiones le duraron poco: la escasez, las enfermedades, la tristeza, que en aquellos países toma un carácter casi de locura, le convencieron pronto de que allí se extenuaria su alma y se pudriria su cuerpo. Un soldado en América sufre todas las contrariedades del soldado de Europa, multiplicadas por el calor del trópico.

Convencido al cabo de que no podia abrigar fundadas esperanzas de un porvenir dichoso al término de su nueva vida, Juan no pensó ya más que en resolver el problema de su alma. La cuestion se reducia á los siguientes extremos: ¿era oportuno advertir á Ana de su existencia y anular su viudez? ¿Era más conveniente morir para todo el mundo, como habia muerto, y emprender nueva ruta por cuenta de Anselmo Gonzalez? ¿Era, en fin, lo más acertado resucitar para todos, y doblegarse ante los fallos de la moral y de la justicia?

Para que Ana tuviese conocimiento de que Juan vivia, era necesario que un amanuense escribiera en Cuba, y un lector se enterase en Medina Sidonia: ninguno de los dos sabia leer ni escribir. Este doble acto de revelacion colocaba el primer extremo en la misma situacion del tercero; porque las cosas que no ha de saber nadie, es necesario que no las sepa nadie. Además, si un medio indirecto de cualquiera especie proporcionaba á Juan la ocasion de advertir á Ana de su existencia, ¿qué iria ganando la pobre mujer en ello? Dudas, conflictos, lágrimas; un abandono mayor que el abandono mismo. Vivir para matar, no debe preferirse á morir para dar vida. Ana, con su marido muerto, podria hallar otro marido ú otra compasion más útil para ella y sus desgraciadas criaturas. Juan renunció, pues, á esta idea.

¿Proseguiria el camino de Anselmo Gonzalez? Esto era lo que le estaba sucediendo, y por consiguiente lo último en que habia que pensar.

La preocupacion más grave para el infeliz soldado era, segun demostró á Miguel, la duda que residia en su alma sobre si deberia desentenderse de todo lo hecho y exponer al mundo la verdad desnuda. El hombre iba experimentando deseos de descartar su conciencia de falsedades.

Reflexionó, y reflexionó muchas veces sobre este más noble extremo de su problema; pero un horror invencible anublaba al punto los horizontes de aquella generosa fantasía. Juan, declarándose al mundo, era una especie de mónstruo que, léjos de servir á nadie, redoblaria el pesar y la vergüenza de los séres á quienes deseaba consuelo y amparo. Anselmo era un soldado oscuro y miserable; pero Juan era el asesino de Medina, el presidiario de Ceuta, el usurpador del estado civil de Gonzalez; un hombre capaz de matar á un vivo y de robar á un muerto. Saldria del cuartel para el presidio; en el presidio se le formaria nueva causa; la nueva causa se haria célebre por su rareza, y agravaria los dolores de su mujer y de sus hijos: si hoy su memoria inspiraba compasion en su pueblo, y esta compasion era útil á álguien, las revelaciones producirian horror en los extraños y nuevas catástrofes en los suyos propios.

Así pasó el pobre Juan la mayor parte de su empeño en América. Enfermo algunas veces, y triste de continuo, habia perdido la salud del cuerpo y la del alma: su constante pensamiento era desear la muerte. Pero la muerte no venia, y en cambio, como todo tiene término, llególe tambien el suyo á la condena de Gonzalez.

Cuando iban á expedirle la licencia absoluta, con buenas notas por su comportamiento, ocurrió un episodio que casi dejaba entrever la mano de la Providencia en favor de los futuros destinos del licenciado. El coronel llamó á Juan una mañana, y le leyó ciertos documentos de Madrid, en los cuales constaba, que habiendo fallecido en un pueblo de la provincia de Jaen un cura de almas llamado don Antonio Gonzalez, instituia éste por único y universal heredero, como único pariente tambien, á un sobrino suyo, por nombre Anselmo, que deberia residir en América sirviendo de soldado; y era su voluntad que si el dicho sobrino habia fallecido, se empleasen los setenta y cinco ú ochenta mil reales á que alcanzaban sus ahorros, en educar unos huérfanos con más cuidado y solicitud, por parte de su madre, que lo habia sido de la de su desdichada hermana política el ya expresado

sobrino Anselmo, á quien en la hora de la muerte enviaba su bendicion.

El coronel mostró al soldado además una carta del señor obispo de Jaen, testamentario del difunto, en que se le decia que existiendo en aquel regimiento, por las investigaciones practicadas, el susodicho Anselmo Gonzalez, á quien el sacerdote aludia en su última voluntad, quedaban á disposicion del jefe del cuerpo los ochenta mil reales de la herencia; y se le comisionaba para que los entregase, con las formalidades debidas, á su legítimo dueño, encargándole que hiciera buen uso de esta bendicion de Dios, y sirviese para provecho de su vida y de su alma.

Juan creyó ver, decia, en este donativo inesperado, una proteccion visible del cielo; y volviendo los ojos, primero á Dios, y despues á los suyos, no pensó ya más que en prolongar su existencia hasta poder llevarles con una última bendicion aquel socorro santo. Porque Juan se sentia con tal abatimiento físico y moral, que nada, absolutamente nada, esperaba para sí.

Tomó su licencia absoluta y sus valores; ajustó pasaje en el primer buque que venia para España; y presa de crueles remordimientos por un lado, de dudas terribles por otro, lo cual se explicaba por lo incierto de su situacion y de su destino, arribó á Cádiz el último dia de Octubre, con un afan mezclado de dolor difícil de comprender. En Cádiz hizo noche para coordinar sus ideas y dirigir con rumbo seguro su voluntad: decidió recorrer á pié las seis ó siete leguas que le separaban de su pueblo, con el fin de ocupar el dia siguiente en el camino, exquivando lo posible encontrarse con nadie que á pesar de sus mudanzas pudiera reconocerle; y muy de noche ya se entró en Medina, donde la indiscrecion y locuacidad de algunos muchachos le impusieron de ciertas noticias que necesitaba; por último, la fiesta de los vecinos de enfrente le aconsejó rondar algun tiempo aquella casa, como tantas otras veces la habia rondado, hasta escoger el momento más oportuno de introducirse en ella. —Tal fué, en sustancia, el relato de Juan.

Miguel, que lo escuchó con interés sumo, corrió en seguida á tranquilizar á la infeliz esposa, cuyos suspiros y angustiosas lágrimas no habian dejado de percibirse por intervalos durante la conferencia. Ana, efectivamente, no se preocupaba tanto del pormenor de las palabras, como del bulto indefinible de los sucesos. Echada boca abajo sobre su cama, cerca de la cual se habian dormido de cansancio sus pobres hijos, parecia entregada á un dolor de esos que no tienen frases, porque carecen de asunto que las produzca. Ana sentia lo vago, no de otro modo que se siente el pesar ajeno. Ella no lloraba por Juan, no lloraba por Miguel, no se dolia de la aparicion de su marido, no lamentaba su nuevo casamiento, no padecia terror, no experimentaba sobresalto: lo que habia dentro de su conturbado espíritu, digámoslo de una vez, era vergüenza.

Aquella delicada organizacion, que tenia inventados para su uso todos los primores de la más culta sociabilidad, era presa en este momento de la congoja que acompaña al crimen reconocido. Ana no sabia lo que los códigos y diccionarios definen por la palabra *bigamia;* pero sí sabia que le faltaban fuerzas para levantar los ojos delante de dos hombres á quienes habia jurado la misma fé. Así es que se mostró insensible á los consuelos y halagos que uno de los dos murmuraba á su oido.

Miguel volvió al lado de Juan, con una resolucion formada de este modo:

—Juan (le dijo): el tiempo apremia, y es necesario decidir nuestra suerte. Yo no soy hombre de luces ni de saber; pero no ignoro ciertas cosas que ahora nos hacen falta. Por ejemplo, yo sé que no me he casado hoy. El matrimonio es un sacramento instituido por Dios, y que Dios solo otorga á las criaturas. El que lo recibe una vez, lo tiene sobre sí para siempre: todo lo que se practica en contrario es como si no se hubiera hecho. Tú eres, pues, el esposo de Ana, su único y verdadero esposo: ¡yo soy un usurpador, un criminal, un infeliz!

Miguel se pasó la mano por los ojos para secarse una lágrima; despues continuó:

—Pero mi boda de hoy es tan perfecta como la tuya, si no se descubre tu secreto, si no te entregas á la autoridad; en una palabra, si no te perdemos. Pues bien: hay que conciliar las dos cosas; hay que salir de aquí esta noche misma tú y nosotros, es decir, vosotros y yo, para no volver á este pueblo jamás: tú puedes establecerte léjos, muy léjos de aquí, en donde, aunque sea con tu falso nombre de ahora, vivas con tu mujer y con tus hijos, si no bajo la ley de los hombres, al ménos bajo la ley de Dios. Yo...

—¿Y tú? (preguntó Juan alzando la cabeza).

—Yo... (repuso Miguel) puesto que el sino me lleva fatalmente desde que nací á ir ocupando tu lugar, ocuparé ahora tambien el lugar que ocupabas en el barco, y él me llevará á esas tierras de donde no se vuelve.

Hubo un momento de silencio, que Juan fué el primero á interrumpir.

—No, Miguel (exclamó): no es eso á lo que yo he venido, ni lo que debemos hacer. Escúchame con calma, y verás lo que á todos nos conviene. Yo no vengo vivo como supones; vengo muerto como la justicia de los hombres cree, y como la justicia de Dios tiene acordado quizás. En América habria muerto indudablemente, á no ser porque la Providencia prolonga la vida de las criaturas hasta que éstas cumplen en la tierra sus designios. Ella me ha dado unas fuerzas que ya siento perder por instantes; ella ha traido á mi poder una herencia que no merecia, y que constituye un robo si la disfruto; ella me ha preservado de ser descubierto hasta ahora, en que cumplo la voluntad de un sacerdote moribundo. Sí (dijo, entregando á Miguel una abultada cartera); aquí tienes la fortuna de ese noble clérigo que á la hora de su muerte pensaba solo en la educacion de los niños abandonados: tómala, Miguel; esos niños son los de Ana, los mios, los que tú adoptaste cuando me creias muerto. Ántes de amanecer, saldremos, efectivamente, de Medina; pero tú no irás á América como dices: vivirás donde quieras, alejado de nosotros, pocó, poquísimo tiempo, el bastante para que á mí me cubra la tierra que ya me llama. Despues... despues, será una verdad para el cielo, lo que es hasta ahora una verdad para el mundo.

Juan se habia transformado: hablaba como un hombre del pueblo poseido de Dios, como un apóstol. Sus palabras podian escribirse como se escribieron las de aquellos humildes pescadores que, rudos y todo, cual su condicion les habia formado, producian esos tesoros de elocuencia que áun nadie ha podido sobrepujar. Suspiró hondamente, cruzó los brazos y calló.

—Juan, mi querido y noble amigo Juan (exclamó Miguel echando los brazos al cuello de su antiguo camarada): tú eres digno de otro fin que el que tu negra imaginacion te pinta ahora: yo me separaré de vosotros, sí; pero será dejándote esos bienes que la fortuna te ha proporcionado, y empleando los mios en conseguir del rey un perdon, un indulto, fácil de alcanzar ante las circunstancias de tu historia. Preparémonos, en efecto, á marchar ántes que amanezca; pero no me contraries en mis propósitos: yo solo quiero ser el desgraciado; déjame que haga este último sacrificio por la felicidad futura de Ana.

—Será lo que quieras (dijo Juan); pero déjame á mí que descanse un momento de las fatigas de este dia y de esta noche memorables. Sin una hora de reposo, mi cuerpo se negaria á marchar, y todo lo habríamos perdido.

Miguel comprendió la razon de Juan, y ayudó á llevar á la sala unos colchones en que pudiera reclinarse. Él, con el oido de la zozobra abierto al alba, se recogió á su vez sobre sus pensamientos en una silla que puso á la puerta de la alcoba en que la mujer y los muchachos respiraban á intervalos fatigosamente.—La casa podia compararse en aquel momento á un cementerio de vivos.

Las cinco de la mañana iban á sonar en el reloj de la Iglesia Mayor de Medina Sidonia, cuando Miguel juzgó oportuno emprender el viaje. Despertó á Ana con sigilo; hizo lo propio con los muchachos que dormian ya dulcemente; y manifestándoles la necesidad en que estaban de partir, comenzó á hacer cuatro lios con las ropas y efectos más indispensables, dejando para el último momento el despertar á Juan, con el fin de que aprovechase mayores minutos de reposo. Aun el dia tardaba en amanecer, y ya estaba todo listo para la partida. El amoroso protector de aquellas gentes, fuélas enterando, mientras con el menor ruido posible ejecutaban sus diferentes comisiones, de que solo en una huida silenciosa y rápida consistia la salvacion y felicidad de todos.

Con el ánimo, pues, de quienes abandonan su casa en un incendio con la esperanza de salvar la vida, Juanillo y José, Miguel y Ana, verdaderos nómades de la civilizacion, que se preparan á atravesar el desierto de una existencia sin horizonte, se encaminaron á la sala donde debia descansar el héroe fantástico de tan fantástica como vulgar escena.

Un cuádruple grito de sorpresa y de asombro hubiera podido escucharse entónces, á no dormir como todos dormian en la ciudad. Los colchones de la sala estaban arrollados como se habian puesto; la puerta del balcon estaba entreabierta; la casa y la calle vacías. Juan habia desaparecido.

X.

Algunas semanas despues, la justicia ordenó que se abrieran las puertas de la casa abandonada de Ana, y que se inventariasen y vendiesen los muebles para pago de alquileres.

Un anciano, que áun vive en Medina, dice que sus padres se llamaban Miguel y Ana, y que murieron tranquilos y felices en Santiago de Galicia, donde se establecieron desde que una vez, siendo áun él bastante jóven, llegaron allí en peregrinacion cerca del Santo Apóstol.

Lo único que hay de cierto en el asunto, es que la casa de Juan de Sidonia no ha vuelto á ser habitada, porque tiene duende.

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

FIN.

NUEVAS CONSTRUCCIONES EN EL BARRIO DE SALAMANCA.

No sabemos quién dijo, ántes que el autor de *El Futuro Madrid*, que la puerta de Alcalá seria, andando los años, el centro de la villa y corte de las Españas.

Alguien hubo de replicar amostazado que la Puerta del Sol, ancho divan de la holgazanería madrileña, es y será *per secula;* mas aquella prediccion empieza, segun se ve, á cumplirse.

En el barrio de Salamanca se trazan nuevas calles, se construyen nuevas casas y no pocos elegantes *chalets*, se forman nuevos y amenos jardines.

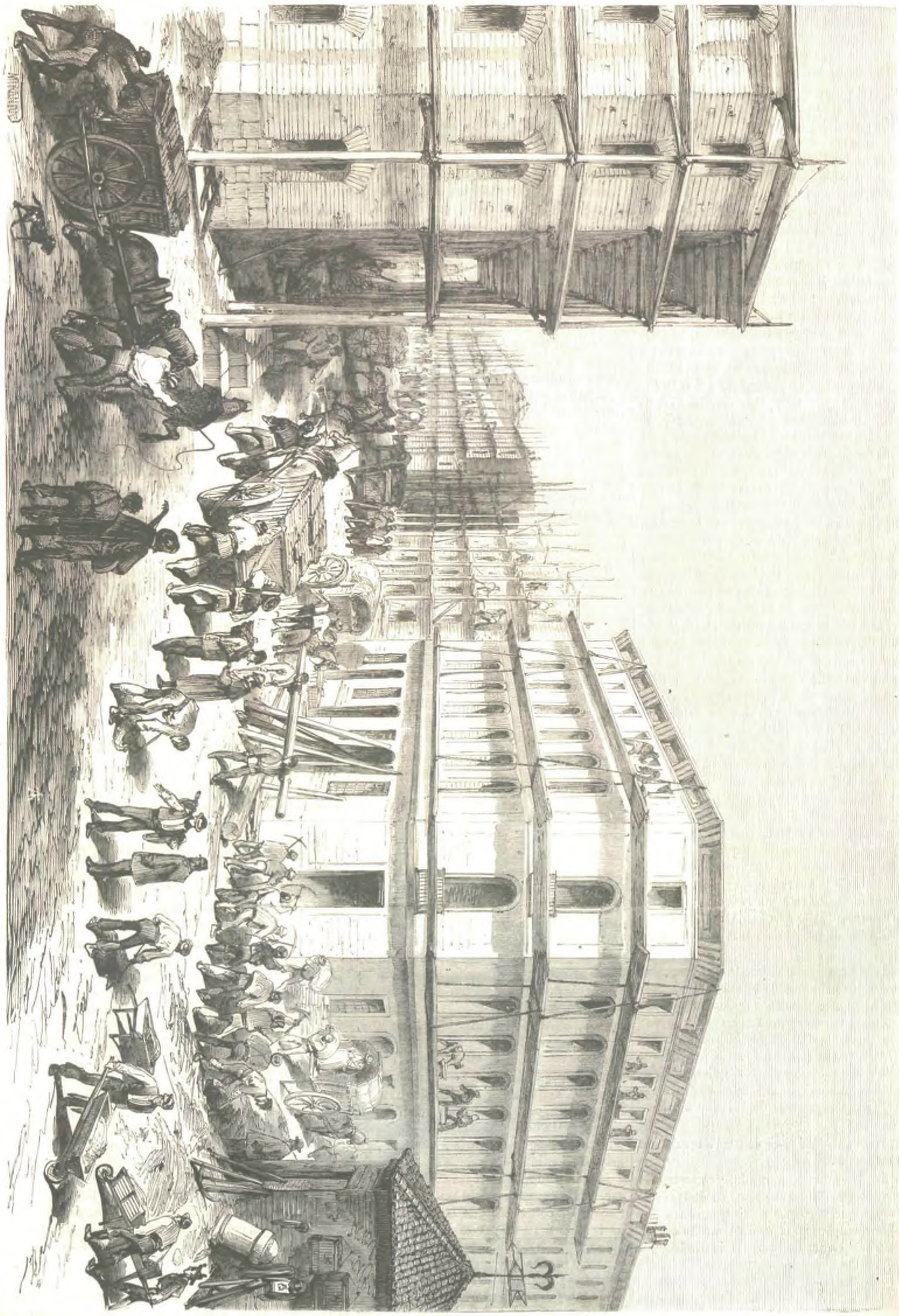
Antes, cuando los viejos edificios de Madrid eran demolidos, sobre sus ruinas se levantaban casas de siete pisos; ahora, como están ya bien altos, por todos estilos, han llegado á comprender los propietarios que los madrileños necesitan aire para respirar—¡cosa rara!—no atmósfera caliginosa en que se asfixien.

El barrio de Salamanca fué creado por un capricho del opulento banquero; mas ahora le agranda la necesidad, combinada con la especulacion.

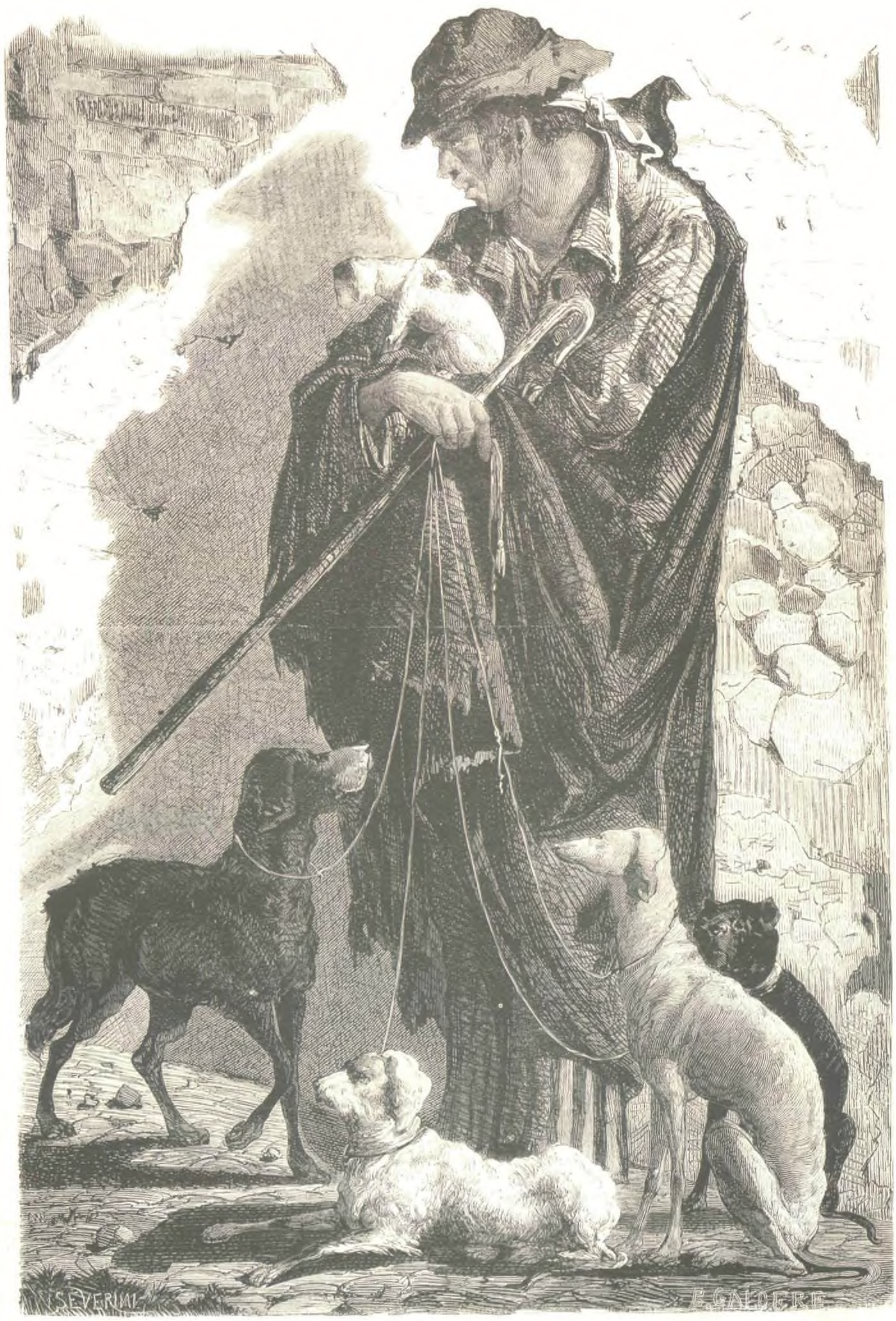
Nuestro dibujo de la pág. 232 representa el estado actual de las nuevas construcciones que se ejecutan en la calle de Claudio Coello.

Un suceso, vulgar en los tiempos que ahora corren, pero demasiado significativo, presta además otro caracter de actualidad á nuestro grabado: los trabajadores de estas obras, no contentos con los jornales que venian ganando, se declararon en huelga en la última semana.

Algunos creyeron que esta *grève* seria el principio de la huelga general de industriales y trabajadores que ciertos pesimistas anuncian como próxima á realizarse; pero aquellos honrados trabajadores volvieron



MADRID.—Barrio de Salamanca: nuevas construcciones en la calle de Cláudio Coello (pág. 231).



MADRID.—Un vendedor de perros (pág. 234).

en breve á las obras que habian abandonado, despues de algunas insignificantes concesiones hechas por los contratistas.

Más vale así.

EL VENDEDOR DE PERROS.

Hé ahí, en la pág. 233, uno de esos tipos casi populares de Madrid, que permanecen estacionarios en medio del movimiento que caracteriza nuestra época, á través de la poderosa corriente del progreso.

El vendedor de perros, envuelto en desgarrada capa, mal cubierta la cabeza con una vieja gorra de piel, fumando tranquilamente un cigarrillo, y teniendo en la mano siniestra los cabos de cinco ó seis cordeles que aprisionan las patas ó el cuello de otros tantos individuos de la raza canina—tal existe hoy en la Puerta del Sol, en las cercanías de la calle de la Montera, como existió en la época de nuestros abuelos.

Quizá entre sus brazos lleva además algunos pequeños cachorros, y otros tambien en anchas *alforjas*, y pregona su mercancía con voz quejumbrosa y acento asturiano.

No se crea que el vendedor de perros carece de cierta importancia.

A él se dirigen en primer lugar los lacayos de las *casas grandes*, cuando la aristocrática dueña de una de éstas *llora* la pérdida de un apuesto *Whitedog*, ó de una juguetona *Corina*,—y no porque él ande *á caza* de esos animados juguetes de las viejas solteronas, sino porque á él precisamente se los ofrecen, en cambio de muy pocas monedas, los traviesos *gamins* que los robaron, ó los mugrientos traperos que los encuentran en las calles.

Por supuesto, que el vendedor se apresura á ponerlos á disposicion de los lacayos ó de los dueños que se los piden, prévia descripcion exacta, ó parecida, de los animalitos, y mediante un *hallazgo* no despreciable.

Por cierto, que no hace muchos dias presenciamos una escena conmovedora.

Una hermosa *Black-Bitck*, negra como el ébano y juguetona como niño voluntarioso, desapareció de la casa del señor X...

¡Ay!—La extraviada inglesa era el ídolo de una hermana del caballero aludido—vieja ésta de setenta y cinco inviernos, pero rica como una heredera americana.

Ella misma se dirigió á un vendedor de perros.

—¡Mi *Black!* Un angelito negro...—interrogó con voz doliente.

—¡Calle usted, señora!—contestóla aquél con flema; ¿será esa maldita perra que ayer me atarazó las manos?

—¡Una onza de oro por ella!

—¡Diablo! Soberbia ocasion... frustrada.

—¿Qué dice usted, infeliz?

—Casi nada: que en pago de su delito, la he retorcido el pescuezo.

Histórico.

¿Quién puede imaginarse el dolor y el despecho de la cuitada solterona?

El vendedor de perros no es, como las manolas y los chisperos, una piedra desprendida de las murallas de Troya: es una vetusta hiedra que está abrazada fuertemente al árbol frondoso de las costumbres populares de Madrid.

Nuestro dibujo es inimitable: el artista ha sabido sorprender el tipo que aquél representa.—X.

LIBELLUS DE BATAILLA FACIENDA.

Como resabio de las costumbres góticas, observóse en el reino de Aragon hasta principios del siglo XV, el combate judicial, no ya limitado á una simple y eventual práctica, sino formalmente reglamentado en la legislacion del país. Con el nombre bárbaro de *Libellus de Batailla facienda*, existe una glosa muy prolija del usage *Bataia judicata*, que se contiene original en el fólio 64 del *Libro verde*, y fólio 190 del Código antiguo de privilegios (archivo municipal de Barcelona), obra, segun Socarrats, de Pedro Albert, canónigo y jurisconsulto barcelonés del siglo XIII, conocido de los juristas por la coleccion que lleva su nombre, y más adelante apostilada por Ramon Ballister, miembro de la curia del Principado. Eximeniz, en su libro de *Regiment de Princeps*, hace una recopilacion de aquel tratado, dándolo como vigente á fines del siglo XIV, época en que escribia.

Canonízase en el *Libellus* el desafío legal, el verdadero juicio de Dios sobre los delitos de infidelidad feudal, traicion y quebrantamiento de treguas (*bohia, traició, treves trencades*), el cual podia sostenerse á pié ó á caballo, personalmente ó por campeones. Hé aquí la singular vitualidad de aquel juicio, poco conocido, que no dejará de interesar á los amantes de investigaciones históricas.

El querellante debia acudir á la curia del Veguer (juez instructor), con un escrito de reto, fundado en alguna de dichas tres causas, y dar fianzas por la suma de 200 onzas de oro valencianas, equivalentes á 400 morabatines. El juez tomaba acta de la querella y mandaba citar al reo por cédula, ó por pregones en casos de ausencia ó rebeldía. No compareciendo, era condenado al resarcimiento ó enmienda de daños irrogados por su felonía: compareciendo, debia dar igual fianza que el actor, responder á su queja confesando ó negando el hecho sin ambajes, y ministrar prueba en defensa por medio de testigos, documentos ú otra clase de justificaciones ordinarias; y solo en el caso de carecer absolutamente de ellas, se apelaba al juicio de Dios, «car lovors deu hom recorrer al juhi de Deu com proba domens falleix.»

Declarada la necesidad de esta prueba extrema, concedianse al actor diez dias, prorogables por otros dos plazos iguales, á fin de que indicase su campeon *par ó consimil* al retado, esto es, par en riqueza, nobleza y valimiento personal, siendo el delito de infidelidad, y consimil en linage y posicion social si se trataba de falsía ó de otra clase de traiciones. No pudiendo presentarlo dentro de 30 dias, dábase al retado por quito y se condenaba en costas al actor.

La aptitud física del campeon ó campeones, se reconocia y comparaba con la del mismo retado por dos peritos que secretamente median sus personas con un bramante encerado, teniéndoles desnudos y descalzos sobre tablas. Segun fuero de Valencia, haciase la medicion: 1.° partiendo de la punta de la nariz, por encima de la cabeza, cogote y hasta el talon; y 2.°, desde la espalda al pecho. En Barcelona partiase de la coronilla, siguiendo por la cruz del pecho hasta la raiz de los dedos mayores del pié. Medianse además los gruesos del brazo y del muslo derechos, y podian compensarse dos dedos de longitud por uno de anchura, sumado el producto de las diferentes mediciones.

Resultando bueno el campeon, fijábanse otros 30 dias para que las partes pudieran deliberar ó prepararse, y el tribunal disponer el palenque. Éste habia de ser cuadrado, midiendo por cada uno de sus lienzos 25 dextros de á 12 palmos de cono de Barcelona (cerca de 3 metros) sobre terreno firme y llano, con empalizada y traviesas clavadas (*envesta te clavat*), y tanto de dia como de noche debian custodiarlo algunos guardas, á fin de que nadie escondiese allí armas, filtros, conjuros, nóminas ú otras cosas en daño de los contendientes.

El altar de San Félix, en la iglesia de San Justo, privilegiado para la recepcion de juramentos sacramentales, lo era en este caso para el que se recibia á los interesados ántes de entrar en liza. Despues de ratificarse en su demanda y contestacion, leidas préviamente, uno despues de otro pronunciaban la siguiente fórmula:

«Yo, Fulano, juro que el hecho por el cual he desafiado en nombre propio ó en representacion de tercero á Zutano, es verdad (ó no es verdad), y me hallo dispuesto á sostenerlo, añadiendo: «prometo no llevar al campo cuchillo, misericordia, alezna ni aguijon, si solo las armas acostumbradas, esto es, cosa con capilla y calzas de malla, casco, escudo, lanza sin emplomar, dos espadas, dos mazas no plegadizas ni punzantes; ni tampoco me valdré de hechizo, nómina, piedra preciosa, azúcar cande: ¡así Dios y estos sus santos cuatro Evangelios me valgan en la presente lid!»

Dos comisionados por parte, asistian al acto de armarse los caballeros, á fin de evitar cualquier abuso, y que en las testeras, cubiertas ó paramentos de sus caballos colgasen pieles de ardilla, colas ú otros espantajos para alborotar al contrario. De antemano el Veguer echaba un pregon disponiendo que nadie saliese en rocin corredor ú otra montura, ni se llegase al campo con armas, so pena de perder unas y otras, y á los posaderos se les ordenaba guardasen bajo llave las armas y cabalgaduras de todo huésped forastero.

El mismo Veguer, asistido de veinte jinetes, presidia y guardaba el campo, á cuyo alrededor situábase un cordon de ciudadanos armados para contener á la multitud. En cada ángulo del cuadro habia voceros, que por intervalos pregonaban no fuera osado nadie, bajo ciertas penas, á azuzar á los combatientes, hacerles señas ó darles voces, ni tampoco á mover reyertas que pudiesen originar un alboroto. Doce fieles dentro del palenque, sin armas, tenian la mision de recibir á los lidiadores, asistirles en lo necesario, partir el sol y dirigir la lucha. La puerta de la liza miraba á Occidente; el retado debia entrar primero, y ambos avanzar en direccion á Oriente.

Puestos uno enfrente de otro, los fieles les daban la última mano, revisando sus armas y monturas, sirviéndoles bebida si tenian sed, y luégo adelantándose dos desde los extremos opuestos; al juntarse en medio de la plaza, los lidiadores tomaban carrera y empezaba el combate.

Siguiendo los accidentes y peripecias del mismo, dichos fieles iban siempre en pos de los caballeros para escuchar lo que tal vez se dijesen. A veces llegaba la noche sin decidirse el combate, en cuyo caso los mismos fieles debian tomar acta minuciosa de la posicion y estado en que quedaban aquellos, sus armas, monturas y defensas, al objeto de continuar la lucha al dia siguiente, en el mismo estado y posicion. Despues retiraban á los caballeros á distintos albergues, les suministraban alimentos, sin curar sus heridas, ni permitir que averiguasen la situacion de su adversario; y esto con objeto de hacer más asequible una avenencia. El retado no tenia obligacion de mantener el campo más de tres dias, de sol á sol.

Cada contendiente, mientras la lucha, quedaba privado de las armas que el otro le arrebatase ó hiciese saltar fuera de la barrera; pero las que hiriendo ó lidiando soltasen casualmente, no se perdian.

El provocador era declarado victorioso si mataba ó arrojaba del campo á su contrario, ó le obligaba á rendirse á las Ordenes del Temple, del Hospital ú otra semejante, y por este mero hecho ganaba el pleito, pudiendo reintegrarse de todo daño y menoscabo sobre la fianza entregada á la curia. El reo ganaba á su vez cuando podia sostenerse durante los tres dias, con igual derecho á reintegro en virtud del usage que empieza: *Bataylla*, etc. En caso de ser el vencido culpable de infidelidad mayor, de aquellas que no admiten reparacion, como injuria hecha al hijo del Señor, fuerza á su esposa, usurpacion de castillo, etc., etc., entónces quedaba *baara* ó traidor para siempre, privado de la comunicacion de las personas honradas, y expulsado del territorio.

Al tribunal le correspondia el tercio de las fianzas, la suma de 20 morabatines por el levantamiento de la liza, y los arreos, armas y caballo del vencido.

J. PUIGGARI.

REVISTA CÓMICA.

¡Ni un palo, ni una bofetada, ni un triste puntapié! (decia lleno de afliccion uno que fué calavera el año 44 y asistia este Carnaval á un baile de máscaras en el teatro de la Ópera). ¡Esto está perdido!

Pues lo mismo le digo á usted de la última semana. ¡Ni un robo de tren, ni un desafío, ni un asesinato, ni siquiera una triste boda! Madrid progresista decae.

*
* *

Busquemos las emociones fuera. Afortunadamente los periódicos extranjeros están llenos de dramas en boceto.

Sin ir más léjos, detengámonos en Francia, donde la novela existe en la naturaleza..

Era el sitio de París. Iba á partir un globo. En él debian hendir los aires ocho ó diez personas. Un padre, que ve á su hijo entrar en la barquilla, pretende entrar tambien. —Papá, usted no cabe, dice el hijo.—Hazme lugar, dice el padre irritado, y sácame de París contigo.—Que no.—Que sí.—¡Padre!—¡Ingrato!

Y el padre coge al hijo por la mano.

Los viajeros del globo no permiten al hijo aumentar las plazas. El padre quiere sacar al hijo de la barquilla. Tiran entrambos... y en esto el globo comienza á ascender, y el padre se queda colgando, pendiente de la mano de su hijo, que apenas puede sostenerle... momentos de angustia mortal... el globo sube con rapidez pasmosa, el padre chilla viéndose colocado en la situacion de un felpudo á quien sacuden desde una ventana... los viajeros se oponen á admitirle, el hijo ya no tiene fuerzas... abre la mano... ¡ay!!

Y el padre cayó.

¡Y el hijo se quedó mirándole desde la barquilla!...

⁂

Como ustedes van viendo, este puede ser el primer acto de un melodrama interesantísimo.

Sigamos la accion.

El globo hendió los aires. Los viajeros llegaron al punto de su destino. Los horrores del sitio aumentaban. Se ignora cómo el hijo que soltó al padre pudo entrar en París. ¡Decian que estaba loco! Fué llevado á una *maison de santé*. Allí, un dia, al sentarse á la mesa, aquella mesa donde se comia perro, gato, rata, y etcétera... dió un grito. Observó en un pedazo de carne un áncora marcada con hierro candente...

Su papá habia estado preso en Tolon en 1830, y allí entretuvo sus dias marcándose los brazos...

El hijo se desmayó.

Acudiéronle todos los presentes. Cuando volvió en sí...

—Tranquilícese usted, le dijo una señora. Se ha comido usted una pierna de *Totó*, mi pobre perro ratonero...

—¿Y mi padre? preguntó el aeronauta.

—Su padre de usted, le contestaron, ha luchado como un leon, y ¡engríese usted! ¡ya es cabo de nacionales!

⁂

Si la narracion anterior ha producido en el lector efectos desagradables, puede distraer sus recuerdos con otra no ménos interesante.

Sabida es la opulencia de los americanos.

Uno de ellos, no sé si oriundo de la república de San Salvador, vino á Madrid há pocos dias, y tomó para él y su familia todo el piso principal de uno de los mejores hoteles.

Tenia el viajero la manía del fausto. Comprar lo más caro; tal era su idea fija.

—Tráigame usted un par de guantes, le dijo una mañana al camarero.

Éste, que conocia el flaco del recien venido, le trajo los guantes envueltos en varios periódicos.

—¿Cuánto valen? dijo el americano metiendo los dedos en el bolsillo del chaleco.

—Treinta y dos mil reales, respondió tranquilamente el camarero.

El americano se le quedó mirando.

—¿Es posible? exclamó.

—Sí, señor; catorce reales los guantes, y treinta y un mil novecientos ochenta y seis reales los periódicos.

El americano, sonriendo, le dió diez duros.

—Tome usted, le dijo: llévese usted los periódicos, y suscríbame usted á los guantes por un año.

⁂

Hablemos ahora un poco de Madrid.

Madrid se divierte, como el rey de Victor Hugo. A pesar de que el calor se deja sentir ya, los teatros están concurridos. Nada digamos de la Plaza de Toros, donde con un sol de justicia vemos todos los domingos á medio Madrid en los tendidos.

Y á propósito:

Ocurriósele al rey ir á los toros en un coche con atalajes á la calesera, y salieron dos ó tres periódicos diciendo que los atalajes eran de la reina Isabel.

Es manía de ciertos periódicos que todo lo que ha quedado en España sea de la reina Isabel.

A cada paso estamos oyendo que tal ó cual objeto pertenecia á la reina Isabel; que tal ó cual coche pertenecia á la reina Isabel; que tal ó cual bagatela pertenecia á la reina Isabel.

¡Por el amor de Dios! Que el mejor dia nos van á decir que nuestros padres pertenecian á la reina Isabel, ó que nuestras mujeres ó nuestros hijos son de la reina Isabel! ¡Qué afan de hacer noche!

⁂

Si el rey Amadeo leyera todos los periódicos y oyera todas las conversaciones, ¿cómo podria salir á la calle?

¿Sale sin mirar á nadie? Orgulloso. ¿Sale y mira? Enamorado. ¿Sale á la Dumont? Vanidoso. ¿Sale á la calesera? Ridículo. ¿Dá limosnas? El pueblo paga. ¿No las dá? ¡Tacaño! ¿Llama á los conservadores? ¡Ingrato! ¿Llama á los radicales? No durará. ¿Se acuesta temprano? ¡Qué cursi! ¿Se acuesta tarde? ¡Trasnocha! ¿Sale á caballo? ¡Informal! ¿Sale á pié? ¡Ordinario! ¿Va solo? ¡Eso es provocar! ¿Va acompañado? ¡Tiene miedo!

¡Un rey sordo y que no supiera leer y que no quisiera cobrar, seria una gran cosa!

⁂

Las Córtes se abrirán el 24 del corriente. Acudirá Madrid á la plaza de los Ministerios, como acudió á ver tantas otras aperturas. Se dirá por la mañana que va á haber tiros, y saldrán las madrileñas que no tienen miedo á nada. Habrá un discurso, unos vivas, un poco de escision, y por la tarde, á paseo.

Las Córtes son como los abanicos: todo estriba en que tengan buen *cierre*.

Becerra presidió la última sesion de las Córtes, y Becerra presidirá la primera reunion de éstas.

La dominacion de Sagasta ha estado entre dos Becerras, como la república romana estuvo entre dos Brutos.

⁂

Entre tanto, la buena sociedad se divierte, y comienza eso que se llama entre la gente *comm'il faut*, *la citlegiattura*.

Las partidas de campo han comenzado. En ellas suele haber escenas como esta:

—Conde, ¿ha visto usted cómo salta su señora?

—¡Oh, mi mujer salta por todo!

⁂

—¿Cuándo viene Tamberlick, mamá?

—La semana que viene.

—¿Pero es verdad que ya no le oiremos el *do* de pecho?

—¿Por qué?

—Porque dicen que lo ha *dado* en la Habana.

—¡Ah! sí: pero no tengas cuidado: se lo han devuelto.

⁂

Diálogo en la Mahonesa:

—¿Hay dátiles?

—No, señor; se han concluido.

—¡Ya lo creo! dice un senador que está en la puerta. ¡Si este señor vende más dátiles que el Tostado!

⁂

La consulta diaria en casa del doctor ***, es curiosísima.

La otra tarde entró un caballero, y le dijo:

—Doctor, quisiera que me reconociera usted.

—¿Qué es lo que usted padece?

—Nada; pero vengo de la Habana, y dicen los periódicos que me he comido una porcion de negros...

—¿A ver? ¡Ya lo creo! ¡Tiene usted en el bolsillo una erupcion de metal blanco!

EUSEBIO BLASCO.

EXCMO. SEÑOR D. MANUEL RIVADENEYRA.

En la mañana del dia 2 de Abril de 1872 cruzaba las calles de Madrid un suntuoso entierro, que se dirigia al cementerio de San Isidro del Campo. Abrian el cortejo fúnebre dos largas hileras de aprendices, oficiales y regentes de imprenta, atraidos espontáneamente por la gratitud y el dolor; ostentaba el féretro la gran banda de la Órden americana de Isabel la Católica, la cinta de Comendador de la Órden de Cárlos III, y varias condecoraciones extranjeras; y constituian el duelo el blason moderno, el talento y el trabajo: la literatura, la ciencia y el arte. ¿Quién es? preguntaba la curiosidad.—Es el maestro, respondian los dignos hijos de Guttemberg.

Dos dias ántes, el domingo 31 de Marzo y á las tres de la tarde, habia abierto Dios las puertas de la eternidad al Excmo. señor don Manuel Rivadeneyra, nacido en Barcelona el año de 1805, y por consiguiente contaba 67 años de edad. ¿Qué fué? ¿Qué hizo por la patria? ¿Qué le debe la humanidad?

Su padre fué militar, y descendia de un linaje del Ampurdan, probablemente celta, y trasladado á las costas mediterráneas desde los puertos de Galicia, cual lo indican la etimología del apellido y la historia de la heráldica. Arrojado el padre á Francia en 1809 por las revueltas políticas, carácter permanente de nuestro querido país, el hijo del emigrado acudió á la escuela y aprendió el francés ántes de balbucear la lengua de fray Luis de Granada; así es que conocia los clásicos franceses con mayor perfeccion que los españoles, y recitaba fácil y eufónicamente los trozos selectos de Voltaire y de Boileau. El conocimiento familiar de estos autores elevó su alma á pensamientos grandes, á sentimientos generosos, á empresas realmente humanas. Aspiró á la belleza del trabajo, poesía de las poesías, ley del deber en el tránsito del hombre por la tierra.

Surcar los mares, luchar con los vientos, llevar la civilizacion y cultura á tierras lejanas é ignotas, suele ser la tendencia del barcelonés, avezado á ver en aquel puerto las banderas de todos los pueblos del mundo. Quiso ser piloto; emprendió con brio el estudio de las matemáticas y sus aplicaciones, y salió airoso en el exámen del arte, que entónces se llamaba de altura, y tambien en el práctico ó de cabotaje. Mas el diablo, que todo lo enreda, torció la vocacion del jóven, y frustró un viaje que por América pensaba entónces hacer el novel piloto. La Providencia le tenia reservados destinos más gloriosos, y de la noche á la mañana, y sin más, obedeciendo á necesidad interior é inexplicable, agarró el componedor y siguió las huellas de Ibarra.

Diez y ocho años tenia cuando se desplomó el régimen constitucional, y pasando mil trabajos, por trochas y veredas, y siempre á pié, logró llegar á las orillas del Guadalquivir, último baluarte de la independencia española. De Sevilla empezó su excursion á Madrid, á la manera franciscana, con el bordon en la mano derecha y el ajuar puesto sobre la espalda; pero al descansar una noche en un pajaron de Tembleque, la suspicacia realista pretendió descubrir en la modestia del fugitivo la importancia de un conspirador, y á vuelta de tratos nada mansos, y despues de haber logrado salvar con maña á su compañero de peregrinacion é infortunio, fué á dar al lóbrego fondo de la cárcel del lugar. Codo con codo, y por *negro*, siguió de justicia en justicia la carretera de Andalucía, sufriendo con resignacion y paciencia los insultos del vulgo, entónces poco ó nada civilizado, y llevó una paliza de lo lindo en el portazgo de las Delicias, dada por los membrudos vecinos del Rastro y de Lavapiés; pero allí le salvó el acento gavacho; que los hijos del pueblo del Dos de Mayo no creian que un *franchute* pudiese ser liberal; pasó á las cárceles de San Nicolás, en cuyas cercanías las turbas, que no oian la palabra del preso, pedian á todo gañir la cabeza del *setario*. La intervencion del padre, residente entónces en la capital, mostró á la autoridad la inocencia del hijo.

En aquel mismo año, 1823, entró de cajista en la Imprenta Real, y en ella se le confió el desempeño de las obras más importantes, sobre todo la coleccion de las representaciones que por los ayuntamientos y demás cuerpos colegiados se dirigian al rey, aplaudiendo el restablecimiento del gobierno absoluto, obra rarísima, porque, segun declaracion que á mí me hizo varias veces el ilustre finado, debió ser quemada de órden del Gobierno, en aras del decoro y la decencia. Apenas conocia entónces el castellano, y la pureza y correccion con que siempre se ha impreso en el establecimiento oficial, fué una utilísima enseñanza para el hijo de Barcelona y el educado en Francia. Le ahogaba el edificio de la calle de Carretas, y eran para ahogar entónces los muros que por todos lados se ponian á la expresion del pensamiento; el alma del nuevo cajista exigia horizontes más extensos, y con la mochila y el baston emprendió en 1824 un viaje á París. Buscó allí trabajo, y le obtuvo con facilidad; tanto valia. El ilustre traductor del *Horacio*, el culto don Francisco Javier de Búrgos, comisionado entónces oficialmente en la capital de Francia, conoció las dotes felices del jóven, y trató de conducirle por el camino de la empleomanía, de esa lepra española, hija de las preocupaciones socialistas; cedió á la autoridad del funcionario, y desempeñó con acierto el cargo de secretario particular; tenia buena letra, y como pensaba rectamente, escribia con propiedad; mas pronto se convenció el Mecenas de los planes del protegido; tiró el cliente la pluma, y volvió á coger el componedor; París le pareció estacionario en el arte, y se fué á Suiza, Bélgica, Holanda, Inglaterra y Alemania.

Manuel, el español, fué buscado: honradez, correccion y gusto, hé aquí sus dotes. Reuniendo á la vivacidad y al fino decir de los celtas la formalidad germánica ó española, que es lo mismo, daba crédito

al patrono, auxilio á los compañeros y renombre al pabellon de Iberia. Sin recomendaciones, ó desdeñado por sus paisanos, se presentaba en las imprentas y vencia el desden de la duda con la prueba del ensayo; los periódicos de Lóndres le concedieron señalada preferencia, porque componia casi casi taquigráficamente. Nunca quiso ser amo; ensayó á serlo en Maestricht, y le iba bien; pero aquel cielo es triston, aquel pueblo está normalizado, aquel espíritu carece de la variedad meridional. Le instaron para que fuese librero, pero él confesaba ingénuamente que solo era impresor; las instituciones de crédito, creadas al otro lado de los Pirineos para el fomento de la industria, le ofrecian capital; todo le sonreia, todo le halagaba, todo le salia con buena suerte; pero el cosmopolitismo era para él un medio: el aprendizaje del arte; la patria era el fin de sus aspiraciones, el blanco de sus deseos, el faro de sus esperanzas.

BARCELONA.—Viñeta del siglo XIV, que se conserva en el archivo municipal (pág. 234).

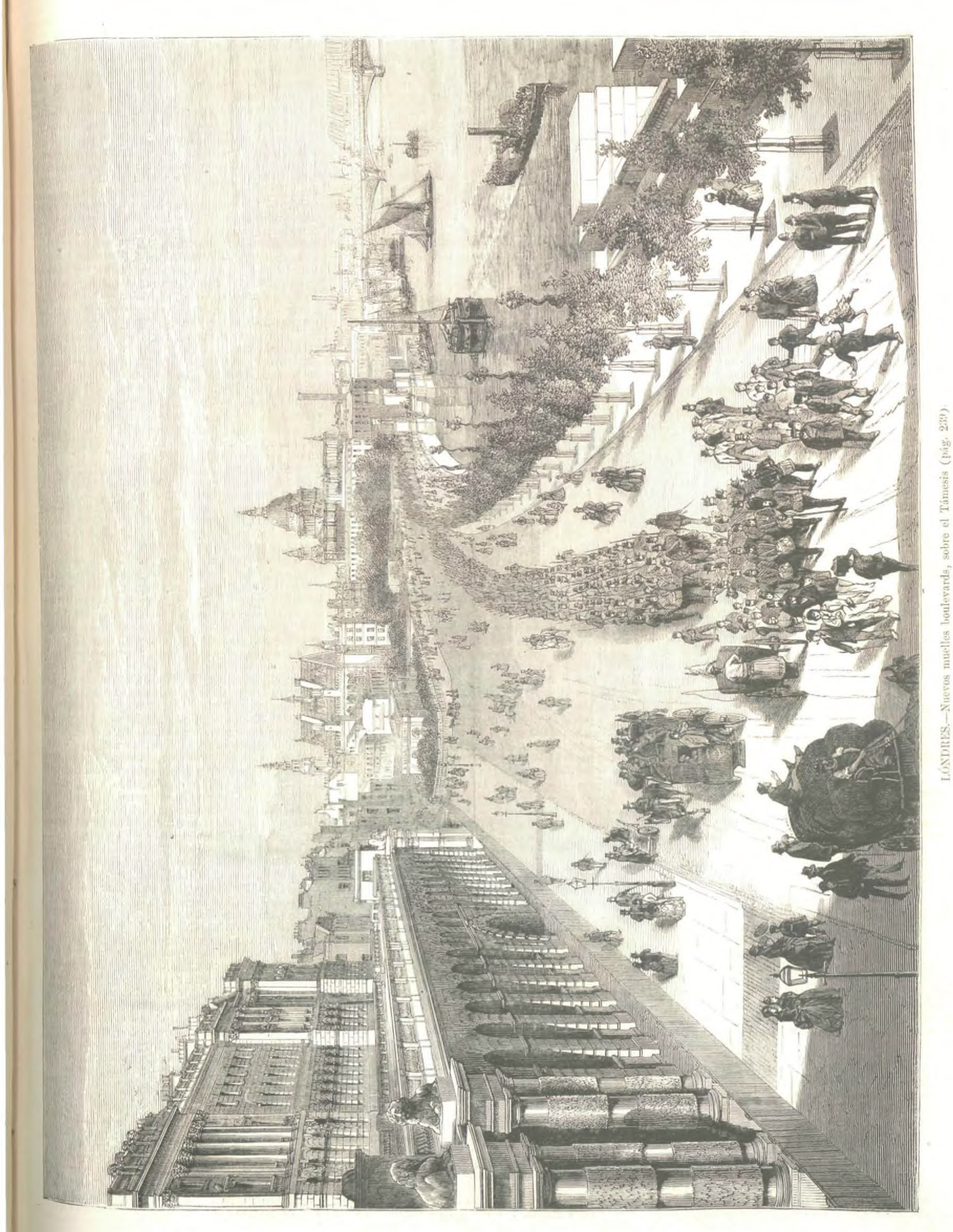
A los anuncios de nueva vida política, puso imprenta en Barcelona el año 1832, y en feliz consorcio con el capital, empezó á plantear los progresos extranjeros. La muerte del rey, acaecida en 1833, volvió á abrir las puertas del Parlamento, y en 1834 publicó un plano tipográfico del Estamento de Procuradores, que llamó mucho la atencion de los inteligentes. *El Vapor* fué uno de los periódicos mejor impresos en aquella época, hasta que el primitivo *Español*, hecho enteramente á la inglesa, eclipsó los esfuerzos barceloneses.

Cuando fué ministro de Fomento don Francisco Javier de Búrgos, volvió éste á insistir en su anterior propósito; pero Rivadeneyra declinó agradecido la honra que se le queria dispensar, y únicamente solicitó y obtuvo de su ilustre padrino, que á la prensa de provincias se le concedieran las mismas garantías que se habian dado á la de Madrid, al suprimir definitivamente la prévia censura.

Miliciano nacional desde los primeros momentos del peligro, tomó parte activa en los acontecimientos de Barcelona; y los documentos que de éstos poseia, servirán para ilustrar la historia del período inmediatamente anterior al restablecimiento de la Constitucion; la ciencia de Mariana enmudece ante los contemporáneos, y solo andando los tiempos puede la verdad dictar inapelables fallos. Breve su vida política y militar, en la que llegó á ser capitan de voluntarios, nombrado por el general Pastors, volvió á cambiar la espada por el componedor, como ántes habia arrojado tambien el pilotaje y el expedienteo por su querido arte de imprimir.

En 1836 concibió la idea de publicar una Biblio-

PARÍS.—Exterior del Palacio de Justicia, cuando se pronunció el fallo en el proceso Trochu, cróquis del señor Vierge (pág. 239)



LÓNDRES.—Nuevos muelles boulevards, sobre el Támesis (pág. 239).

teca de autores españoles, obra de honra y provecho, y hé aquí el título de su gloria: treinta y seis años de esfuerzo, de perseverancia y de lucha, constituyen el diploma de su nobleza.

¿De dónde el capital? De América. Desembarcó en Montevideo con una partida de baratijas, y vendidas éstas, se fué á Buenos Aires; mas, á poco traficar, conoció que Dios no le habia criado para comerciante. América, que lleva hasta en la etimología de su nombre la idea de la actividad inicial, prefirió el impresor al traficante, y dió señaladas muestras de aprecio al que le eran tan familiares las fundiciones y las prensas de Inglaterra. A medida que ahorraba, iba penetrando en el interior del territorio, y áun llegó á sentir el espíritu del apostolado tipográfico. Pueblo hubo donde fué materialmente detenido para armar imprentas, procedentes de los Estados Unidos, y arrinconadas cual trastos viejos por falta de inteligencia; á todo proveia con pasmosa energía, adiestrando además á algunos jóvenes en las primeras operaciones, para que ellos pudieran poco á poco llegar á la perfeccion propia del tiempo y del país.

Tras largas y arriesgadas etapas llegó á los Andes, al *anti*, oriental en peruano; que las cordilleras están al Oriente del Perú. El educado en las faldas de los Pirineos, el que habia pasado muchos años de su juventud en los lagos de los Alpes, el que habia medido á pié mucha parte de Europa, sentia vivamente el naturalismo, y las bellezas de los Andes fueron rivales de su soñada Biblioteca; mas en aquellas majestuosas moles, en aquellas pavorosas quebradas, en aquella vegetacion hercúlea, reina solo la naturaleza y apenas ha penetrado el hombre. Y por tanto, el arte pudo más que el naturalista.

Llegó á Santiago de Chile y púsose de oficial; pero á poco tiempo adquirió una imprenta á plazos, y mejoró allí el gusto tipográfico. Al año tenia ya otro establecimiento en Valparaiso. En ambas oficinas surtió á la publicidad oficial y á los particulares, y de sus prensas salieron obras didácticas, revistas instructivas, periódicos apasionados, la literatura que revela el buen temple de una culta poblacion.

Regresó á España en 1843 para organizar la publicacion de la Biblioteca, y asociado á don Buenaventura Cárlos Aribau, empezó á realizar su dorado sueño en 1845. Los doctos recibieron cual maná de los dioses inmortales la obra, en que con pureza se compilaban las preciosas joyas de la literatura patria, y júbilo y contento causó á todas las clases de la sociedad el ver impresos con buenos tipos, en linda manera y sin atavíos de antigua usanza, los venerandos libros de la expresion castellana. El español desea leer, y lee; lo grave del asunto consiste en que nos hemos curado poco de los problemas económicos, y por consiguiente de hacer rico al pueblo; que los libros siempre se compran con dinero ó sea con trabajo; las ediciones numerosas, las empresas afortunadas, el valor de una idea por medio de la opinion, fracasan casi siempre en esta parte de los Pirineos; y aunque el Gobierno suele dar algun auxilio, y en este caso le dió, al espíritu de cálculo y especulacion, nunca puede conseguir el presupuesto lo que alcanza el público.

Para allegar fondos, buscando lectores, volvió el año 1848 á su segunda patria, y durante dos años y medio recorrió á caballo toda la América, desde la Patagonia hasta el Lago Hudson. Reunió mil suscritores, pero el éxito no correspondió á las necesidades de la empresa.

Regresó á la península en los últimos meses del año 1850, y desde entónces siguió la obra, habiendo tenido la satisfaccion de haber visto el tomo 63, resultado verdaderamente fabuloso; pero grato es confesar que si nuestros hombres públicos difieren mucho en derecho político, se aunan rápida y noblemente en las cuestiones de honra nacional. Así es que las Córtes Constituyentes de 1854 á 1856 mandaron adquirir muchos ejemplares de la obra, habiendo encontrado apoyo la iniciativa de don Cándido Nocedal en toda la Cámara. La accion colectiva ha suplido en parte las funciones propias y peculiares de la espontaneidad individual. «No está atrasado el país cuyo tesoro sostiene la Biblioteca de Autores Españoles,» era la expresion de Wolf, el bibliotecario de Viena.

Los efectos de la Biblioteca en la cultura del pueblo no pueden ser inmediatos; pero serán eficaces, sobre todo si se llega á conseguir que su lectura penetre en aquellas clases, acostumbradas á leer los romances, cuyos héroes roban á los ricos para socorrer á los pobres. Los prólogos, las notas y los glosarios son monumentos del saber contemporáneo, honra de la generacion actual, eco fiel del espíritu hispano y de los progresos del tiempo. La teoría y la crítica han ganado indudablemente con los distinguidos escoliadores de la obra colosal; casi todos viven y son glorias nacionales; allá cuando para cada uno de ellos llegue la hora fatal ¡tarde mucho! que desgraciadamente ha sonado ya para el ilustre editor, la biografía reunirá á todos, para que la severidad de la historia los coloque entre los bienhechores de la humanidad. Cuando se elogie al escoliador, forzosamente se ha de elogiar á Rivadeneyra. Si aquél buscó y rebuscó ediciones, examinó códices, apuró variantes, suplió pérdidas, aclaró ideas, el editor, felizmente tipógrafo en este caso, reprodujo con exactitud paleográfica el resultado de tan largas y penosas tareas: una letra, un signo, suele ser la característica de una edad gramatical. Bajo tal aspecto, y en este sentido, la Biblioteca de los Autores antiguos y contemporáneos, que así se puede hasta cierto punto llamar, tiene señalada importancia cual rico tesoro para el afortunado que emprenda y termine la Historia de la lengua española, y por consiguiente la Gramática histórica, el Diccionario de raíces y la Comparacion con las otras lenguas románicas. Los escoliadores y el editor pueden decir con Casio: *Patriciorum genius per nos erectus.*

Cual impresor llenó su tiempo. Perfeccionó la caja, la caja que llaman francesa, nombre impropio y usado sin considerar que lleva en sí manifiesta contradiccion, puesto que el alfabeto francés tiene más letras que el español y tambien más signos ortográficos; una caja francesa parece un pinar; la española es modelo de elegante sencillez. ¿Y la estereotipia? Digno sucesor de Aguado y de Búrgos, cambió la direccion del arte, y en vez de contentarse con los progresos de las razas latinas, buscó en los pueblos germánicos semilla para su patria. Que ésta germinó, lo prueba la Bibliografía española: las Exposiciones universales declararon impresor de gusto al que habia estampado el *Quijote*, denominado de Argamasilla entre los bibliófilos, y el laureado por propios y extraños se gozaba con el estado que hoy tiene el arte en España. El inmortal Quintana gozaba al comparar los versos que se escribian al empezar él su brillante carrera con la poesía reinante, cuando sentia próximo el ocaso de su vida; análoga comparacion hacia Rivadeneyra.

Sofocado por los padecimientos, víctima de pertinaz dolencia y deshecho físicamente, áun manejaba la pluma para tratar de mejorar la suerte de los operarios; hace algunos meses que descubria el mal, que indicaba el remedio, que pedia libertad económica; ¡con qué placer recibia en su casa el poderoso de hoy á sus colegas de ayer! Las Córtes pasadas, al crear una ámplia informacion para mejorar la suerte de esa clase que, obra tras obra, y sin calor de ánimo, sostiene las fuentes vivas del trabajo, pidieron tambien informe á la Sociedad económica matritense. Esperaba, y con razon, que el Cuerpo á quien se debe la ley agraria, dé tambien la industrial, y una, dos y repetidas veces, ya particular, ya públicamente, recomendó á tan patriótico Centro la suerte del obrero tipográfico.

De lo que puede la espontaneidad individual es buen ejemplo el finado: sirva su vida de estímulo, que todo lo debió á la aplicacion y á la constancia. Parece un viajero universal; pero averiguad la causa de aquel continuo movimiento, y vereis que era el progreso del arte. Él, que habia apretado la mano de los próceres y la de los indios; que se habia sentado en los palacios y en las chozas; que habia vivido en las opulentas ciudades germánicas y en los miserables aduares semíticos, no tenia otro fin, no sentia otro deseo, no queria otra gloria que el conocimiento científico del estado del arte en los diferentes momentos de la civilizacion contemporánea, reflejo fiel del desenvolvimiento histórico. Quizá, y sin quizá, es el español que más ha viajado, tomando este nombre en su significado etimológico; no desdeñaba los medios de rápida comunicacion cuando el ahorro le permitió disponer de ellos á su gusto; pero al llegar á la esfera de estudio se convertia en turista aleman ó inglés, no para disfrutar de las bellezas de la naturaleza como hacen aquellos, sino cual el geólogo con el martillo, el botánico con la caja, y el zoólogo con el frasco para penetrar en las fundiciones, en las fábricas, en los talleres, y ver cómo los sabios planteaban ó resolvian los problemas que les propone la industria. Un álbum he visto en París, en el que Rivadeneyra dejó una muestra de su ingenio: una hoja de papel ostenta cuatro flores colocadas en los sitios correspondientes á los cuatro puntos cardinales, y recogidas por el español en Spitzberg, en Astracan, en Tarifa y en Lisboa.

El hombre valia más que el industrial, que no de otro modo se concibe lo que llegó á ser y poder. Voluntad decidida y enérgica, sentimiento exquisito, inteligencia de combinacion feliz y completa. Descubria la verdad y la sabia plantear; el sentido práctico es la consecuencia del espíritu teórico; fué, pues, una idea y un carácter. Sin ser un misántropo, no era amigo de la carátula; el hábito del trabajo le impidió conocer el placer de las diversiones, y la práctica del arte le enseñó á saborear los dones celestiales del trato literario. Su casa fué un parnaso; y como él no era musa, desempeñaba perfectamente el papel de Apolo; alimentaba la fuente Castalia con los dones más sabrosos de la naturaleza, pero aderezados y dispuestos cual otro Brillat-Savarin, y de la variedad espiritual y física resultaba una armonía que no tenia nada de panteísta, como dirian algunos estirados filósofos.

Dominaban allí la franqueza, el cariño, la amistad, nunca la hipocresía de las relaciones sociales. A la sombra del pabellon nacional, con el recuerdo de los Luises, de Quevedo y de Feijóo, con la memoria de Juan de Mena, de Garcilaso y de Moratin, se desenvuelve la Historia interior más potente, más activa y más fecunda que la exterior, calamidad ésta cuando absorbe por completo á la primera. No habia, pues, ni en el edificio del Salon del Prado, ni en el de la calle de la Madera, Alpes ó Pirineos, Güelfos ó Gebelinos. El ideal político se respetaba, y todas las escuelas perdian su fiero rigor ante el Padre de la Biblioteca. Las ideas elevadas, el buen decir, el fino epigrama, sostenian aquella conversacion animada, cortés, española, aquella en que los espíritus se fecundizan unos á otros. Los jueves, dia de Academia, y ántes de la sesion, se tenian las llamadas por broma *esotéricas*, estilo aristotélico, comidas íntimas, de mesa chica, cual término opuesto de las *exotéricas*, comidas generales, de mesa grande.

El dia primero de Febrero, ¡recuerdo triste! se verificó la última hebdomadaria; fatídico presentimiento vino á turbar nuestra mente; temiamos perder un amigo, y nos despedimos para siempre de dos. El 28 del mismo mes llorábamos la muerte de don Eugenio de Ochoa, literato de tanto sentimiento como inteligencia, modelo de esposos, padres y amigos. ¡Cuánto aceleró este golpe la vida del que le habia de seguir al mes! Hoy el cielo los cobija bajo su manto soberano.

Quien inspira y profesa amistad, disfruta tambien la dicha doméstica; que el amor es el sólido fundamento de la familia y la sociedad. En América el finado encontró feliz compañera: una esposa cariñosa é inteligente; ha cooperado ésta con su espíritu de arreglo y economía, á la formacion de la casa y caudal; ha cuidado con solícito amor al paciente durante años y años de insomnios y vigilias, y ha educado con severidad á los dos hijos con que el cielo bendijo el matrimonio. *Manolita* es europea, hija de Madrid; queda soltera, pero sus gracias y talentos la prometen risueño porvenir. *Adolfo*, jóven apuesto, ha logrado reunir el conocimiento de la unidad de las lenguas semíticas con el de la variada riqueza de los idiomas indo-europeos; aprendió el aleman en las ciudades que vivifica el Rhin, y adquirió el árabe en el aduar del desierto; dedicado á la carrera consular, ha servido con celo é inteligencia en Beireut, Jerusalen, Ceylan y Damasco, y es individuo correspondiente de la Academia de la Historia; hubiera sido en otro tiempo un jóven de lenguas; hoy está llamado á ser profundo cultivador de la gramática comparada. El padre logró ver las producciones literarias del hijo, y la imprenta y estereotipia de la calle del duque de Osuna extendió por el mundo culto en el año pasado un libro de 398 páginas en octavo, ó sea «Viaje de Ceylan á Damasco, Golfo pérsico, Mesopotamia, ruinas de Babilonia, Nínive y Palmira,» obra elogiada por la prensa de todos los matices. Nobleza obliga, y su amor á la familia y á su padre le harán digno hijo de nuestro *Aldo Manucio* en la estereotipia.

La Historia de la Biblioteca de Autores Españoles, su contenido, su influencia y su porvenir, tarea emprendida ya segun nuestras noticias por uno de nuestros primeros literatos, honra de la Real Academia Española, ha de aquilatar el mérito de *Manuel Rivadeneyra;* y con crítica y atildado estilo la literatura patria levantará un monumento á la memoria del que logró perpetuar las producciones españolas, monumento más sólido que los que con rocas y metales suele elevar la vanidad contemporánea. Sin dotes de narrador he tenido ya la osadía de bosquejar á vuela pluma la necrología del ilustre español; pero si alguna vez hay derecho para solicitar indulgencia, le tengo yo muy perfecto, al cumplir con un deber de sincera y desinteresada amistad. Él me la profesó muy cabal, encontrando en la fina, con que yo le correspondia, únicamente consuelos y estímulos; que aunque su celo se aumentaba con las dificultades, y era vivo, enérgico y perseverante, le gustaban los afectos tiernos y apasionados. Los encontró en vida y tambien en muerte; que la familia, los amigos y los colegas le han llorado profundamente, y la prensa periódica de todos matices, de Madrid y de provincias, de España y del extranjero, han dispensado justicia al que fué una gloria

nacional. Sus restos serán honrados por la familia; su memoria durará mientras viva la lengua de Cervantes, y su busto debe estar en todas las imprentas de España. ¡Literatos y tipógrafos! asociaos para tan patriótico fin (1).

AGUSTIN PASCUAL.

UN BOULEVARD EN LÓNDRES.

Agradará á nuestros lectores el grabado de la página 237.

En la capital de Inglaterra, donde las construcciones públicas y de los particulares tienen cierto sello especial que las hace distinguirse á primera vista de las demás de Europa acaba de inaugurarse un largo muelle *boulevard*, semejante á los que se hicieron en Paris durante la prefectura del baron de Haussmann.

En la márgen izquierda del Támesis, desde Somerset-Housse hasta el puente de Blackfriars, se ha abierto un ancho viaducto, adornado con preciosos *squares*, que disminuye en gran manera la distancia que existe entre Westminster, palacio de la Cámara de los Comunes, y la City, donde está situada la Bolsa.

Nuestro grabado es una vista del citado *embankement*, tomada desde un extremo del mismo, en direccion de San Pablo.

En este boulevard, concluido en breve tiempo, ha gastado enormes sumas la municipalidad de Lóndres; pero es una de las obras más notables de las construcciones modernas.

LA FLOR, LA AURORA Y LA FUENTE.

En mi jardin do el ambiente
cándidas flores mecia,
una fuente se veia
limpia, pura, transparente.
En su márgen, una flor
esbelta se levantaba,
mientras la fuente lloraba
con su perpétuo rumor.
El alba, llena de amores,
perlas en la flor vertia,
y el agua reproducia
sus perlas y sus colores.
Amaba á la flor la aurora,
mas la flor la desdeñaba,
y esquiva se columpiaba
sobre el agua bullidora.
Pinta en su cristal la fuente
su imágen gallarda y bella,
como copia el mar la estrella
en su linfa transparente.
Y en los ramajes espesos
los céfiros resbalaron,
y allá en su cáliz dejaron
perlas, lágrimas y besos.
¡Pobre flor! no comprendia
que era la fuente su espejo,
y que del alba el reflejo
más hermosa la volvia.
Auras besaron su frente;
la dijeron... *¡eres bella!*
y envanecida descuella
á los bordes de la fuente.
Sin los rayos de la aurora,
¿qué fuera de su hermosura?
¿quién la daba la frescura
sino la fuente sonora?
La ingratitud, el desden,
su fragancia envenenaron;
y las brisas la olvidaron
al rodar por el edén.
El alba nace y la olvida;
la fuente no la hermosea.
¡Ay de aquel que ingrato sea
con los que le dan la vida!
Si algo, lectores, que os cuadre
hallais en tan breve historia,
no aparteis de la memoria
la sombra de vuestra madre.
Dentro del alma inocente
llevad mis palabras fijas;
no olvideis cual buenas hijas
la flor, la aurora y la fuente.

ANTONIO F. GRILO.

(1) Tal vez en el número próximo publicaremos un bello artículo que el señor Rivadeneyra tuvo la amabilidad de remitirnos, pocos dias ántes de su fallecimiento.

TRADICIONES ANTIGUAS DE LOS INDIOS.

(CONTINUACION.)

Desde aquí, es decir, desde San Miguel, hay que vencer los primeros escalones de la cordillera de los Andes, cuyas peladas cimas traen á la memoria los fuegos subterráneos, que son la causa de frecuentes estragos. El segundo dia de camino, y despues de pasar infinitas cuevas profundas, se llega á las llanuras de Umaña, célebres por su gran fertilidad. Por más que el espectáculo de la industria y de la agricultura que allí se desarrolla es demasiado importante para no hacer fijar la atencion de cualquiera, es imposible tambien no fijarla con predileccion tal vez en los imponentes paisajes que rodean todo el valle de Lempa, y que forman un panorama encantador. Todavía se presenta á mis ojos en este momento aquella corriente de ondas trasparentes, precipitándose en el fondo de la campiña como una prolongada cinta de plata, cuyos reflejos bañan el pié de las rocas de granito, y en un término más lejano, las cúspides humeantes de los volcanes de Salvador que completan el cuadro. El sol naciente tiene allí un no sé qué de color bíblico para la naturaleza americana, cuyas bellezas renuevan involuntariamente las poéticas descripciones que Lamartine y Chateaubriand nos han dejado del Jordan en su corriente primitiva y naciente del Líbano.

Pasemos de largo por la ciudad de San Vicente con su volcan de igual nombre, atravesemos las montañas que conducen á Cojutepeque (véase el grabado que representa esta cordillera), residencia del gobierno, y echemos tan sólo una mirada, ántes de complicarnos entre los vecinos abismos, á las magníficas llanuras de Giboa, detrás de las que se muestra en forma de ballena el volcan de Salvador, y á distante perspectiva las primeras prominencias de los de Guatemala.

Cojutepeque es una ciudad pequeña, mitad española, mitad india, edificada sobre uno de los malecones de la cordillera, sobreponiéndosele, como á las demás, un pico volcánico del mismo nombre. ¿Y qué, hay alguna en aquella region que no tenga pegada al lado un volcan apagado ó ardiendo de continuo? Desde el terremoto de Abril de 1854, que destruyó por sus cimientos la ciudad de San Salvador, el gobierno se pasó allí lo mismo que el obispo. Nada más fresco, nada más gracioso que esa pequeña ciudad, á cinco mil piés de altura de las cordilleras; tan luego como se acerca uno á ella despues de salir de los áridos abismos que circundan su base, sus cercanías son de lo más pintoresco. El lago de Xilopango, que la baña al Sudoeste, serpentea en una especie de estanque de rocas, cuya forma recuerda la del lago de los Cuatro cantones, próximo á Lucerna; pero en vez del frio glacial que causa este lago manteniendo á Suiza durante seis meses como embozada en una capa de hielo, en esa parte de América produce una primavera continua, y las brisas cálidas de Xilopango llegan saturadas de perfumes por la flora de los trópicos. En vez de la capilla en que la tradicion helvética coloca el desembarque de Guillermo Tell, la supersticiosa tradicion de los indios envuelve de un terror misterioso la gruta en donde la diosa de las aguas llega á pedirles todos los años un inhumano tributo. El eminente geógrafo citado anteriormente ha recogido sobre esto, segun dice en una de sus obras, aunque no tenemos noticia que haya sido publicada, la relacion maravillosa de una leyenda popular; así como lo ha hecho con exquisito cuidado de algunas otras tradiciones históricas en que tanto abundan aquellas regiones.

El lago de Xilopango, lo mismo que los demás de igual género, tan numerosos al pié de los volcanes, habia estado consagrado en los tiempos primitivos á los genios de las aguas. La antigua nacion de los Toltecas, cuyos restos fueron dispersos en el siglo XII en tantas otras regiones, habia llevado allí con su civilizacion las numerosas divinidades á las cuales rendian un culto supersticioso. Haloc era adorado en Méjico, como el dios del rayo y de las tempestades que preceden á una lluvia fecundante.

E. DE ARRIAZA.

(*Se continuará*).

UN PROCESO CÉLEBRE.

Ninguno de nuestros lectores ignorará el proceso suscitado por el general Trochu contra MM. Vitu y Villemessant, redactores del *Figaro* de Paris, que ha sido resuelto en la *Cour d'assises de la Seine*, el dia 4 del corriente.

En la imposibilidad de hacer una reseña extensa de las diferentes peripecias que ha ofrecido este proceso, pues no bastarian algunos números completos de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, nos limitaremos á extractar la de la última sesion, que nos ofrecen varios periódicos franceses.

La afluencia de personas notables era grande, y en los bancos de los testigos aparecian los generales duque de Magenta y conde de Palikao; el ex-ministro del Imperio, M. Rohuer; M. Pietri; M. Busson-Billault, y M. de Maillé, amigo particular del general Trochu.

A las dos de la tarde del citado dia se abrió la sesion, y el presidente concedió la palabra á M. Lahaud, á quien el conde de Palikao acababa de entregar una carta.

Comenzó el abogado increpando al general Trochu, á quien dijo que tenia que dar una cuenta muy larga á la historia de estos últimos años; respondió con cierta entereza á algunos murmullos del auditorio; hizo un elogio ardiente de M. de Villemessant y del *Figaro*, «que enseñaba á todos, amigos y adversarios, los deberes del patriotismo y de la caridad;» añadió que sus explicaciones eran necesarias, no tanto para el proceso, ni para el imperio de Napoleon III, cuanto para el mismo general Trochu, y concluyó la primera parte de su discurso asegurando que en los desgraciados sucesos de 1870 todos fueron culpables, y el emperador desgraciado.

Esta última afirmacion produjo en las personas que asistian á la audiencia movimientos contradictorios: unos protestaban de su adhesion á la dinastía napoleónica; otros prorumpian en amargas quejas contra el vencido en Sedan.

M. Lahaud continuó despues de algunos momentos.

Elogió á los jóvenes móviles franceses, que sabian pelear como veteranos aguerridos, y morir como héroes; sostuvo que el general Trochu reclamó del emperador la presencia de los móviles en Paris, «quizás con sospechosas intenciones,» y dijo que el mariscal Mac-Mahon, «cuya palabra valia más que todos los juramentos,» era en este punto el testigo que invocaba la defensa.

Llegó en su peroracion hasta Paris, dias ántes del «malhadado» 4 de Setiembre, y admiró á la emperatriz regente, queriendo llamar á Francia á los príncipes de Orleans; indignóse en nombre del emperador, primero olvidado y luégo desdeñado por el general Trochu...

Entónces éste interrumpióle, diciendo que ya se le hacia traicion.

«¿Qué se os habia prometido?—preguntóle exaltado M. Lahaud—¿qué se os habia jurado?—Vos érais, por el contrario, el que debia, el que prometia, el que hacia juramentos.»

Desde este momento, el orador se exaltó, y entregándose en su discurso á una fogosidad ardiente, entre arrebatos y marcadas muestras de pasion, de dolor, de piedad y de indignacion, dijo que el general Trochu habia abandonado cobardemente en aquel dia memorable á la emperatriz, una mujer, y á la Cámara, el último de los poderes nacionales.

Provocó con sus palabras una tempestad de entusiasmo en unos, de impaciencia en otros, de protestas y recriminaciones en muchos; y en medio del ruido y de la agitacion que reinaban en la sala, únicamente el general Trochu, tranquilo y con los brazos cruzados, recibia todos los golpes que el inclemente defensor de M. Villemessant le dirigia.

Hubo un instante en que M. Lahaud, creyendo acaso que se hallaba en un club de bonapartistas, mejor que en una sala de justicia, lanzó contra M. Trochu esta sangrienta frase:

«¡Vos fuisteis, el 4 de Setiembre, el general de la insurreccion!»

Y apostrofándole en seguida ásperamente, y recordando aquellas palabras que Ciceron pronunció ante el Senado romano: —*¡Yo juro que he salvado á la patria!*—exclamó con enérgico acento:

«Y vos, general Trochu, gobernador de Paris, héroe de Buzenval, ¿qué habeis salvado?»

MINISTERIO DE EDUCACION

Renunciamos á describir los diversos y dramáticos incidentes á que dió lugar el atrevido discurso de M. Lahaud: el orador concluyó en medio de una agitacion indescriptible, aplaudido por muchos y apostrofado por algunos de los oyentes.

Presidia el Jurado M. Legendre, y resumió en un breve discurso los debates, mostrando mucho tacto y firmeza, y exhortó á los miembros del Jurado á cumplir con su deber, indicándoles que en esta causa, más que en otra cualquiera, estaban puestas á prueba su libertad y su probidad.

El Jurado se retiró á deliberar, y la sesion fué suspendida.

Durante la suspension, no disminuyó la emocion general, y M. de Villemessant, el redactor del *Figaro*, declaró á diferentes personas que su periódico no pertenecia al bonapartismo, aunque hubiera publicado los artículos de M. Vittu, causa de la demanda del general y de aquellos importantes debates.

Á las tres de la tarde se abrió nuevamente la sesion, y aparecieron los señores jurados.

El general Trochu no entró en el salon: habia bajado lentamente las escaleras del palacio, del brazo de M. Maillé, su amigo, y desapareció.

El presidente del Jurado recordó que toda manifestacion en cualquier sentido estaba prohibida, y seria, por lo tanto, severamente reprimida.

Leyó en seguida la fórmula solemne, propia de tales actos, y añadió:

«Hé aquí el veredicto del Jurado:

Sobre la cuestion de difamacion, NO.

Sobre la cuestion de ultraje, SÍ.

Sobre complicidad en este ultraje, SÍ.»

Al poco rato, el Jurado pronunció la siguiente sentencia, con arreglo á la ley de 1822, y artículos 59 y 60 del Código penal:

«Condenados M. de Villemessant y su cómplice M. de Vittu, por delito de ultraje al general Trochu, á un mes de prision, 3.000 francos de multa, y pago de las costas del proceso.»

Despues de este fallo, la muchedumbre se retiró tranquilamente.

Pero á la salida del palacio de la Justicia promovióronse graves tumultos entre bonapartistas y republicanos, y dos redactores del *Figaro*, MM. de Pont-Jest y d'Aunay, y áun el mismo M. de Villemessant, lo habrian pasado mal, si varias personas generosas no les hubiesen defendido enérgicamente.

Nuestro dibujo de la pág. 236, relativo á este asunto, está hecho por nuestro apreciable amigo el señor Urrabieta, con arreglo á un cróquis que nos ha remitido M. Vierge, uno de nuestros corresponsales en París.

SUCESOS DE CAVITE.

No vamos á hacer una larga descripcion de estos lamentables acontecimientos, de los cuales además ya nos hemos ocupado en la *Revista* del número XII de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA: todos los diarios españoles y americanos habrán trasladado á sus columnas los extensos despachos remitidos por el Excmo. Sr. D. Rafael de Izquierdo, capitan general de Filipinas, al ministro de Ultramar, que fueron publicados en la *Gaceta de Madrid* del 24 de Marzo.

«En la mañana del 20 de Enero—decia el citado general á los soldados de las islas, resumiendo los hechos en una breve alocucion que dirigió á los batallones vencedores—algunos individuos del batallon infantería de marina, que ocupaba el arsenal de Cavite, unidos al pequeño destacamento de artillería que guarnecia la fuerza de San Felipe, y agregándoseles alguna marinería, que en total llegaban escasamente á 200 hombres, haciéndose fuertes en sus posiciones, dieron el grito de rebelion contra España, asesinando al comandante de la fortaleza, hiriendo á su señora y matando varios oficiales indefensos.

ISLAS FILIPINAS.—Sargento de artillería, indígena, jefe de los sublevados de Cavite.

La bandera de los rebeldes no tremoló en aquel fuerte más que el tiempo preciso para organizar las columnas de ataque que, mandadas por el bizarro general D. Felipe Ginovés y Espinar, segundo cabo de estas islas, y ayudadas eficazmente por las fuerzas navales, mandadas éstas con inteligencia por el capitan de fragata comandante general interino don Manuel Carballo, con un valor heróico, á las seis de la mañana de hoy (22 de Enero) han tomado por asalto la fortaleza, y pasado á cuchillo á los sediciosos que la defendian.»

Tal es el resúmen oficial de los sucesos, y no hay necesidad de añadir extensos pormenores, demasiado conocidos de todos los que se interesan por las cosas de España.

Pero el rápido y completo triunfo conseguido sobre los rebeldes, no fué logrado sin que corriese con abundancia la sangre generosa de los leales: varios fueron los jefes, oficiales y soldados que murieron heróicamente en el combate, y sus nombres están escritos en el largo catálogo de los mártires de la patria.

Los sublevados eran indígenas; indígenas tambien, y ministros del Dios de paz y de amor, los instigadores á la rebelion.

Ellos, los que fueron llamados por España al gremio del cristianismo y de la civilizacion; los que serian aún tan desgraciados como sus vecinos de la Malesia, si los misioneros españoles y los tercios de Castilla no hubiesen arribado á aquellas orientales playas, para libertarlos de las guerras y de la esclavitud en que yacian—cometen la maldad suprema de rebelarse contra sus protectores, y pretenden clavar agudo puñal en el seno de la madre patria.

Hemos dicho que los sublevados eran indígenas, y esto no es completamente exacto: dos eran peninsulares.

Hijos espúreos de la patria, se unieron á los miserables, ménos miserables que ellos, que la preparaban dias de luto y de amargura.

Hoy ofrecemos (no sin cierta repugnancia, y solo por cumplir el deber que nos hemos impuesto de hacer de nuestro semanario una crónica ilustrada de los principales sucesos que ocurran en el mundo) el retrato del sargento de artillería que capitaneaba uno de los grupos sublevados en Cavite;—retrato copiado de fotografía que hemos recibido, por el último correo, de nuestro corresponsal en Manila, don Estéban Planas.

Su nombre no hemos podido averiguarlo; ni lo citan los despachos oficiales, ni áun las cartas particulares.

Permanezca siempre en el olvido, que los nombres de los traidores son padron de ignominia para la patria.

ADVERTENCIA.

Son muchas las personas que nos remiten, de Madrid y provincias, artículos y poesías para LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

Volvemos á decir (pues no es esta la primera vez), que tenemos en nuestro poder tal abundancia de originales, la mayor parte de los primeros literatos de España y América, que no podríamos publicarlos todos áun cuando nuestro periódico fuese diario, en el espacio de un año.

Por lo cual, rogamos á las personas aludidas, y á las que tuvieren intencion de imitarlas, que no se molesten en remitir escritos á esta Direccion, hasta que manifestemos en este mismo lugar que ya nos hallamos en el caso de poderlas complacer.

Además, siguiendo la costumbre establecida por la prensa periódica, no respondemos de los originales que se nos envien, ni los devolvemos.

EL DIRECTOR.

AJEDREZ.

Solucion al problema núm. 7, compuesto por don Javier Marquez (Almería).

BLANCAS.	NEGRAS.
1.° T 8 T D.ª 2.ª D 7 T D.ª, jaque y mate.	1.° R 7 AR (ó toma C, ó P pide D).

SOLUCIONES EXACTAS.—Al problema núm. 6: don R. Ll. (Zamora).—Un sócio del Casino de la Union (Jijon).—Varios sócios del Casino recreativo (Tuy).—Al problema núm. 7: un ajedrecista (Madrid).—Doña E. de J. (Valencia).

PROBLEMA NUM. 8.

Compuesto por Mr. A. von Felsberg (Berlin).

NEGRAS.

BLANCAS.

Juegan éstas y dan mate en tres jugadas.

MADRID.—IMPRENTA DE T. FORTANET,
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29.